



PIVS VLTTRA



Si el patrono de los zapateros, San Crispín, se hubiera visto obligado a la elección de un animalito simbólico para compañero de su beatífica suerte, sin duda habría adoptado el «shoe-bill». Desde el toro de San Marcos al perro de San Roque, todos los animales que tienen un sitio en el santoral, envidiarían al shoe-bill las condiciones que posee para ser el acompañante de un santo.

Los zoólogos estudian actualmente la vida y costumbres de tan curioso ejemplar, que es uno de los grandes problemas del mundo de los naturalistas.

Se le conoce también por el nombre de «cigüeña de cabeza de ballena», pues algún parecido tiene con la testa del colosal cetáceo; pero resulta innegable que su desproporcionado y caricaturesco pico, mayor parecido guarda con un zapato bastante estropeado por el uso. Sin embargo, la ciencia le dió un nombre que más se conforma con ese símil marino: «baleniceps rex» se llama en latín.

El «pájaro-zapato», — como le correspondería llamarse en español, si entre nosotros dicha ave fuese cosa vulgar, — es uno de los pajarracos más notables y curiosos de toda la pajarería andante y volante.

Hasta ahora nadie logró clasificarle dentro del preciso lugar que le corresponde entre los bípedos más o menos implumes que forman la gran familia de los zancudos. Es opinión general que se le puede tener como pariente cercano de las cigüeñas. Sin duda alguna, esta opinión se habrá imaginado sin pedir parecer a las cigüeñas, pues estos aristocráticos animalitos nunca consentirían en reconocer la consanguinidad del pájaro-zapato.

También se opina — y no es necesario decir que el aserto encontrará asimismo indignadas protestas — que el avechucho es primo hermano del pelicano. Y no faltan autores que ofendan a la garza, asegurando que es pariente del shoe-bill.

De todos modos, tales semejanzas indican muy probablemente que el pájaro-zapato descende de una antiquísima ave zancuda, abuela remota y común de pelicanos, cigüeñas, garzas y baleniceps rex. Esa ilustre fundadora de linajes tan encontrados, yacerá tal vez bajo profundas capas del suelo, perfectamente fosilizada, esperando al sabio geólogo o al ignorante campesino que la descubra para que el mundo sepa la verdad sobre la parentela y estirpe de las zancudas.

Mientras tanto, los naturalistas, como ya hemos dicho, se preocupan ante el problema que plantea este pájaro, sin que el mismo se dé cuenta. Y este problema, que a cualquier representante del vulgo le importaría menos que la compra de unos zapatos, es sumamente difícil.

A la solución se oponen muchos obstáculos. Primera-

EL «PÁJARO-ZAPATO»



mente, se precisa encontrar ejemplares del pájaro-zapato. Durante largo tiempo, se creyó que el shoe-bill habitaba tan sólo en las cercanías de Kartum, en el Sudán egipcio. Y a las comarcas donde lord Kitchener se hizo célebre, se trasladaron numerosos naturalistas para sorprender al susodicho pajarraco en plena libertad. Después se llegó a saber que en la región de los lagos Victoria y Nyanza abundaban los pájaros-zapatos. Allí es donde ahora andan los zoólogos a caza de detalles que nos den la biografía detallada del interesantísimo zancudo.

Además del curioso pico que le ha dado nombre, presenta otra particularidad rara: la de tener el cuerpo revestido por una especie de cota de mallas, si así se le puede llamar a una armadura de placas óseas que constituyen una magnífica defensa contra los innumerables enemigos que, como todo ser viviente, tiene.

En el Jardín Zoológico de Londres hay un ejemplar de shoe-bill, el mismo que reproducen nuestros fotogramas. A cualquiera se le ocurriría que los naturalistas fuesen allí a estudiarlos; pero téngase en cuenta que el pájaro-zapato no es lo mismo en el cautiverio que en libertad.

Dentro de la jaula, el feísimo pájaro solamente sirve para hacer reír al público de niños, mucamas, soldados y papás.

Nadie sabe, por ejemplo, cómo se las arregla en el acto de volar. Supónese que cruza los aires del mismo modo que

las garzas, es decir, metiendo el pico entre los hombros.

En cuanto a la manera de alimentarse, algo más se pudo descubrir. Su manjar predilecto lo constituye un pez muy raro que habita en los lagos Victoria y Nyanza, el «bichir» o «polyptero».

En cuanto a sus otras costumbres el misterio más absoluto las tiene encubiertas, para desesperación de los sabios naturalistas. La desesperación de los niños grandes y curiosos, a quienes el mundo llama sabios, sus incesantes trabajos, los peligros que desafían entre salvajes, fiebres, temperaturas tórridas y otras pequeñeces por el estilo, les hacen olvidar problemas angustiosos que preocupan al universo. ¡Felices los sabios que no saben, ni se les importa saber de miserias humanas! ¡Infelices los demás mortales, los que no saben distraerse y olvidar, los que ante la figura del pájaro-zapato únicamente aciertan a reír!

Hasta en los asuntos, que a primera vista parecen vulgaridades y tonterías de la ciencia, halla el espíritu humano nobles y útiles ocupaciones. ¿Qué importa al mundo conocer las costumbres y genealogía del pájaro-zapato? — preguntarán los hombres superficiales. Cuando el diablo se entretiene en matar moscas, deja en paz a los pecadores.

PERSEGUIDO POR UN TEMOR INDETERMINADO



Al que no goza de perfecta salud, le persigue el espectro de la vejez prematura y de la tristeza abrumadora; muchas enfermedades, cuya causa se ignora, provienen del estómago o de los intestinos, se descuidan porque no hay peligro de muerte; pero, una vez crónicas, son insufribles y engendran la desesperación. Los desgastes físicos, consecuencia de la actividad excesiva, hacen que la mayor parte de la humanidad esté enferma del ESTÓMAGO, y es necesario prevenir muchos males que ocasionan una mala digestión. «STOMALIX» Saiz de Carlos, conserva la integridad de su organismo. Es el TONICO-DIGESTIVO por excelencia. Su eficacia y su sabor agradable, han conquistado la fama mundial que goza. «STOMALIX» debe ser su compañero en la mesa. Venta Farmacias. Pidan folleto a Carlos S. Prats, San Martín, 66, Buenos Aires.



-PLUS ULTRA-

CÓMO SE PESA EL ORO

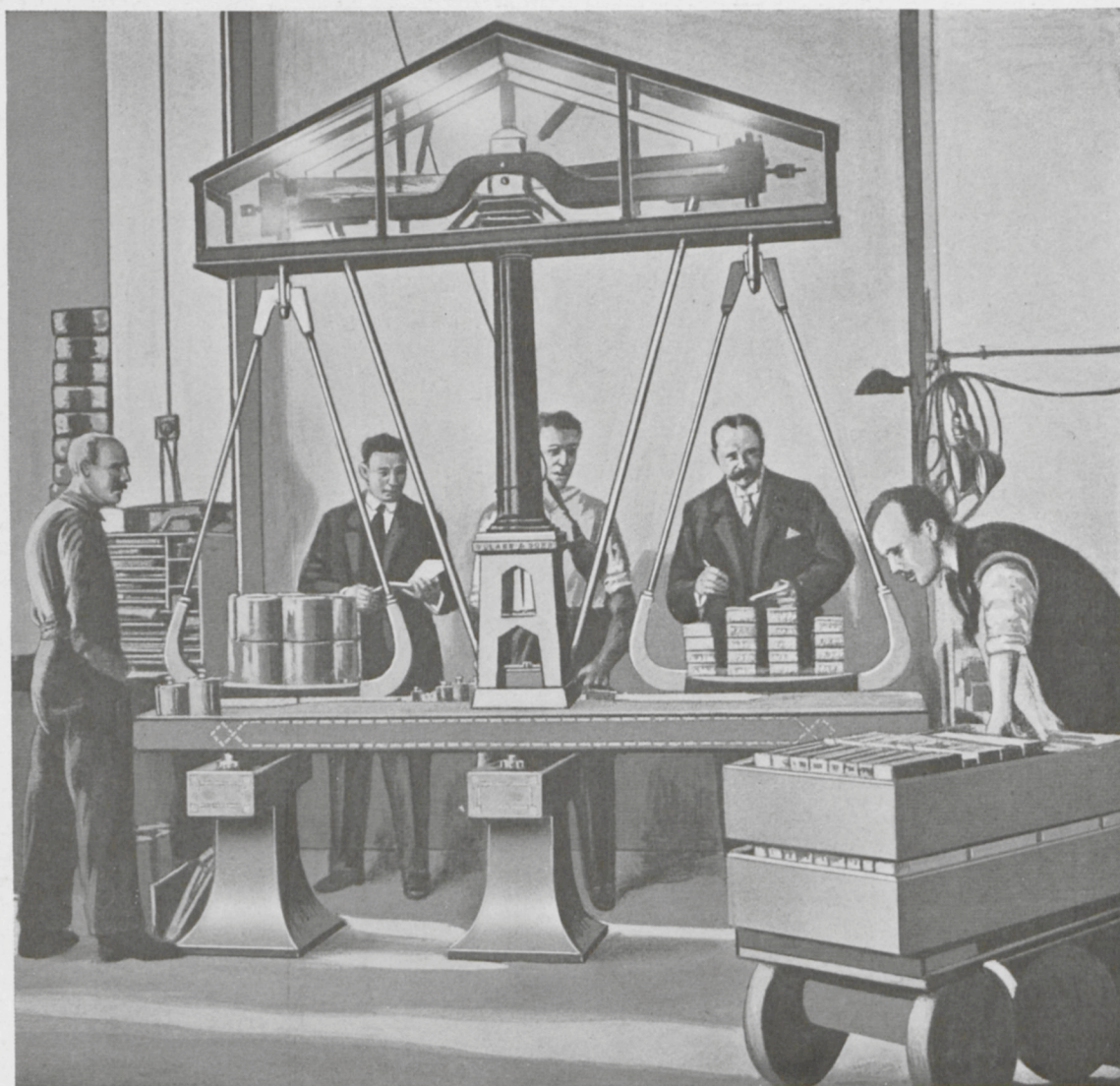
Los alquimistas buscaban con inminente peligro de su docta existencia, una substancia capaz de convertir en oro cualquier metal más barato. Aunque la ciencia moderna parece confirmar los fundamentos lógicos de la Alquimia, la piedra filosofal no ha sido descubierta todavía.

Pero, si se examina la cuestión des-
apasionadamente, puede afirmarse que los metales se transmutan en oro de ley, y hasta cuerpos poco metálicos también toman el color y la pesantez de ese precioso metal. La hulla, las carnes congeladas, el acero, el algodón, etc., — comprendiéndose en ese etcétera los músculos humanos y la sangre que los fertiliza, — se transforman en oro dentro de los crisoles y de los matraces. Si no fuera así, ¿de dónde saldría tanto y tanto oro?

Saber si es legítimo, si es puro, pesarlo, fundirlo, acuñarlo y guardarlo, son cosas más difíciles que hacerlo.

El país donde actualmente hay mayor cantidad de oro estancado, es Estados Unidos. Allí — en Nueva York — existen unas oficinas anexas a la Subtesorería del Estado, donde se trabaja vertiginosamente día y noche. Por aquella repartición han pasado ya unos 700.000.000 millones de dólares.

Las remesas europeas van consignadas a J. P. Morgan y Compañía, agentes en Norte América de las potencias aliadas. Se recibe el oro en barras de un valor de 8.500 dólares cada una, más o menos, y en cuanto se las desembarca son transportadas, con fuerte escolta, a las oficinas. Los empleados toman muestras de ensayo, pesan y funden el oro. Luego se refina y se vuelve a fundir en grandes bloques.



Metropol Bazar

F. STAROPOLSKI

Casa Argentina

340, C. Pellegrini - Buenos Aires



*Unica casa
especial en fantasías
de buen gusto a
precios módicos.*





BIZCOCHOS CANALE

A base de huevos frescos
y semolín flor.

Ideales para niños y
convalecientes.





Harrods

exhibe en su Departamento de Modelos, a cargo de notables "premières" procedentes de las más renombradas casas de modas de París, las nuevas creaciones de media estación.

Primer piso.

Creación HARRODS

para carreras o garden partys, color bleu, delicadamente bordado en seda mismo tono combinada con metal. Elegante cordelière de azabache con motivos de metal oro. Corsage del mismo tono. Forro pongé de seda.

ELEGANTE SOMBRERO DE PAJA picot, bajo ala satín, adornado con plumas de avestruz e hilos de aigrettes, en tonos de gran moda.

FLORIDA,
877

Harrods

PARAGUAY,
554



CONFRATERNIZANDO

GOUACHE DE ALONSO



RETRATO DE DON MIGUEL PANDO, CON EL MAYOR DE SUS HIJOS; ÓLEO DEL PINTOR GUIRAND DE SCÉVOLA.

Casas porteñas. La de los señores Pando ~ Carabassa



BARGUEÑO DEL SIGLO XVII, CONCEPTUADO COMO EL MÁS ARTÍSTICO DE CUANTOS EXISTEN EN BUENOS AIRES.

Ambiente de refinada elegancia tienen los salones de esta mansión porteña. Su propietario don Miguel Pando, español radicado desde su juventud en la República, interpretando el espíritu francés del siglo XVIII, ha reconstruido con exactitud en sus salones el aristocrático encanto que distinguió a la corte de París, durante el reinado de los Luises.

Para conseguir el conjunto de antiguos muebles y bellísimos objetos de arte que constituyen el principal adorno de esta morada señorial, han sido necesarios muchos años de investigación, realizada durante largos y costosos viajes.

Los señores Pando Carabassa, rindiendo culto a una de las más agradables aficiones que pueden existir en la vida, han dedicado su interés a organizar este consorcio de refinamientos, haciendo de su vivienda un recinto donde predomina el gusto más depurado y exquisito.

En su totalidad, el piso bajo es el que forma lo que pudiéramos llamar de recibimiento.

Un pequeño «hall» cierra la entrada, que conduce indistintamente a las salas de recepción y al vestíbulo, donde



ARISTOCRÁTICO SALÓN AMUEBLADO AL ESTILO REGENCIA. ÉPOCA QUE REVELA EL BUEN GUSTO DEL REY SOL, Y QUE INICIA LA GRACIOSA LÍNEA CURVADA QUE PREDOMINÓ EN TODO EL REINADO DE LUIS XV. LAS PUERTAS, CON LUNAS BISELADAS, COPIAN EL CONJUNTO SUAVEMENTE VELADO POR LA TENUE CLARIDAD DE LAS ARAÑAS.

se halla la escalera que da acceso a los pisos altos de la casa.

Especie de relicario antiguo, es el salón de estilo Regencia. Armonizando con los muebles, todos auténticos, cubren los muros varios Panneaux decorativos, ejecutados por Guirand de Scévola a la manera impresionista. Estas pinturas, hechas expresamente por el autor para ser colocadas como se ven actualmente, imitan aspectos de aquellas fiestas, donde las más ilustres damas y los más nobles cortesanos, jugaban al amor vestidos con sencillos trajes de pastores. Jardines versallescos, suavemente dorados por el sol, descubren su belleza primaveral bajo la verde pompa de los tamarindos. Un Trianon de ensueño se esfuma en la distancia, poniendo reflejos imprecisos en el lago de azur. Por los senderos cruzan pajes y damiselas; sus vestidos, de amaranto y oro, forman lindo contraste con los ducles empolvados de las pelucas. Junto a las literas blasonadas de lises, el pavo real sirve de ornamento con los cisnes heráldicos; y como símbolo de paganía, un Amor preside estas escenas frívolas y galantes...

Dos consolas regencia, con adornos



de bronce figuran a ambos costados de la chimenea, cuyo espejo copia las bellas perspectivas del salón. La preciosa litera Verni-Martin que figura entre los balcones, guarda, a modo de vitrina, varias porcelanas de Sajonia y de Sevres. En el testero principal, haciendo juego con el estrado, sobre mesitas laminadas de oro se alzan dos magníficos tiores «clois-sannes», famille Papillons Luis XIV.

De este aposento se pasa a la biblioteca; su estantería guarda una colección muy completa de los enciclopedistas y clásicos franceses, con buenos grabados en acero. Los libros están ocultos por pequeñas cortinas de damasco punzó, colocadas a través de fina rejilla de alambre.

Contigua a la biblioteca, hay una salita con techumbre de vidrio chafanado, que sujeta la araña de cristal llena de bisel y aristas; la decoración, pintada por Scévola, se inspira en motivos de carácter chinosco, tan usuales en el ornamento de los grandes palacios de este estilo.

Ejemplo verdaderamente notable de tal orientación artística, es el salón llamado «Gasparini», del palacio real de Madrid, donde la vista se deslumbra ante el



maravilloso conjunto que forma el estrado Carlos III con las ornamentaciones de influencias asiáticas.

Asimismo, es una acabada muestra de exquisito refinamiento, la sala de los esmaltes en la residencia real de Aranjuez. Su originalidad puede conceptuarse como única, teniendo en cuenta la belleza de los contrastes y lo armonioso de la composición.

También en Francia y en Inglaterra se conservan soberbios modelos, como las salas de los «chateaux» reales de París, y en el condado de Yorkshire (Gran Bretaña) los aposentos de Harewoods House, contruidos según el modelo del famoso artista Chipendal.

La salita que nos ocupa, parece que hubiera sido hecha para guardar los secretos íntimos de alguna dama de la corte de Francia; sillones con tapicería antigua de Baubais; porcelanas de la dinastía de Kang Hi y de la Compañía de Indias, restos de la vajilla que fué propiedad de la marquesa de Pompadour; preciosas miniaturas, entre ellas una muy notable del tiempo de Luis XIV; candelabros con esmaltes de Saxe, ingleses; un torso de mármol procedente de Grecia, y la magnífica chimenea que ocupa



SALA DE AMBIENTE HISPANO, DONDE SE CONSERVAN VALIOSOS OBJETOS DE ARTE. DOS POÉTICAS DIVISAS, BORDADAS EN LA TAPICERÍA DE LOS SILLONES, RECUERDAN EL NOBLE DICTADO QUE PRESIDÍA LAS TERTULIAS DE SUS ANTIGUOS DUEÑOS.

EL LUJOSO COMEDOR DE LA CASA, DE MODERNA CONSTRUCCIÓN, IMITA LA FORMA ORIGINAL DE LA MENOR EDAD DE LUIS XV. SOBRE LA MESA, SE DESCUBRE UN VIEJO Y HERMOSO TAPIZ DE LA ESCUELA FLAMENCA, COPIADO DE UN CARTÓN DE RUBENS.



EN LA ELEGANTE QUIETUD DE ESTE RINCÓN, PARECE QUE FLOTARA TODAVÍA EL FRÍVOLO ENCANTO DEL GRAN SIGLO FRANCÉS. EL ORO ANTIGUO DE LAS DECORACIONES SIRVE DE COMPLEMENTO A LOS «PANNEAUX», ENVUELTOS EN UNA TONALIDAD AZUL Y ROSA PÁLIDO.

el testero del frente, traída de un castillo francés; el espejo cuartelado que hay sobre ella, vela suavemente los objetos, envolviéndolos en una suave penumbra.

Entre tanta riqueza atesorada, luce en una mesita de cristal la joya más rara y curiosa: una especie de corona de oro revestida de plumas, con irisaciones de un tornasol violáceo; fué adquirida por el almirante Bouligneau en el Celeste Imperio, donde perteneció a una azafata de la emperatriz.

Disimulada en el muro, se abre una pequeña puerta que comunica con el comedor, muy lujoso, aunque de moderna estructura. Junto a la pared, descúbrese una mesa dorada, con objetos de orfebrería, todos de plata, y en el testero principal, un hermoso tapiz de la escuela flamenca, copiado de un cartón de Rubens.

En otra de las habitaciones hay una hermosa estantería antigua, donde se guardan varias ejecutorias de nobleza con hojas de pergamino artísticamente miniadas. Su hábil colocación hace resaltar la buena orientación estética que distingue al dueño de la casa. Un arcón gótico del siglo xv, hace juego con varios sillones frailerios revestidos de damasco carmesí, y otros con tapicería, de procedencia italiana. Junto a la puerta, una Dolorosa del escultor Pedro de Mena, con el vigor de la factura descubre el trágico misticismo cristiano, que supo imprimir el artista en esta imagen venerada. Perteneció a la marquesa de Busianos de Ubeda, y el erudito don Ricardo de Urueta y Duarte, en su resumen de «La vida y obra de Pedro de



SALITA QUE RECONSTRUYE EL AMBIENTE DE INTIMIDAD QUE CARACTERIZÓ LA REFINADA CORTE DE LA REINA MARÍA ANTONIETTA. EL ESPEJO CUARTELADO, PROCEDENTE DE UN CASTILLO DE FRANCIA, ACASO VERÍA EN OTRA EDAD LA CABEZA EMPOLVADA DE ALGUNA NOBLE DAMISELA, QUE MÁS TARDE PAGARÍA SU TRIBUTU DE SANGRE A LA REVOLUCIÓN, MURIENDO BAJO LA HOJA AFILADA DE LA GUILLOTINA.

Mena y Medrano», dice, refiriéndose a ella, que es bellísima, y que recuerda mucho, aunque bastante mejor a la que poseen las monjas del Cister, en Málaga. Varios cuadros penden de la pared, destacándose un óleo de Federico de Madrazo, pintor de cámara de Isabel II, un «jardín» de Meyfren, un interior de la catedral de Toledo, por Villamil, y dos cuadritos de la artista francesa Rosa Bonheur.

En esta misma sala se halla el bargueño, conceptuado como el más importante de Buenos Aires, presentando en su interior, cuidadosamente conservado, espléndidas incrustaciones de marfil con filigranas de madera estofada. En su parte superior, entre varios objetos indios, sirve de adorno una porcelana de Talavera, que fué del Monasterio de San Lorenzo del Escorial.

El bargueño, con otro igual que figura actualmente en Nueva York, en el palacio de un multimillonario yanqui, fué conseguido por el novelista Pío Baroja, que lo adquirió en una casa solariega del señorío de Vizcaya.

Por último, en los pisos altos, donde están los dormitorios, piezas de confianza, etc., hay cuadros de Sorolla, Barbazan, Mongrell y otros, destacándose uno muy interesante de Moreno Carbonero, representando la postrera salida de don Quijote.

Tal es, en términos generales, la morada de don Miguel Pando, que por el ambiente evocador que tienen sus salones y la elegancia que los distingue, atrae el interés de toda persona, y aun el de las más profanas en cuestiones artísticas.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE



PLATO Y SOPERA DE PORCELANA DE LA COMPAÑÍA DE INDIAS, QUE FORMARON PARTE DE LA VAJILLA USADA POR LA MARQUESA DE POMPADOUR.



DOLOROSA DEL CÉLEBRE PINTOR PEDRO DE MENA. PERTENECIÓ A LA COLECCIÓN DE LA MARQUESA DE BUSIANOS DE UBEDA, SIENDO ADQUIRIDA POR SU ACTUAL PROPIETARIO ENTREINTAMILPESETAS.



JARRÓN CHINO DE LA DINASTÍA DE KANG HI, LLAMA LA ATENCIÓN POR SU FORMA PERFECTA Y LA POLICROMÍA DE SUS ESMALTES.



VIELLE FEMME HOLLANDAISE

ÓLEO DE MILLER.

Era como un nido deshecho por tempestades... Los mojinetes taladrados por las aspas de las reses, las esquinas desborronadas. Y los pingajos del alero, figurándose mechones que se descolgasen de una cabeza, sobre faz curtida, angustiante de cicatrices y arrugas...

El campo la circundaba de verdes dilataciones. La huella de acceso, perdida entre el cardal, que se le liaba, en un collar cerrado de púas. Y en el patio apelmazado del rol de cascotes y botas, sobre la acción de las lluvias y el abandono, partiéndose en cruz la tierra para el nacimiento de un brote.

Entre los pastos tirada
como una prenda perdida,
en el silencio escondida...

La voz, solitaria, flotó como una nube tarda en disolverse. Y la guitarra, al terminarse la décima, tuvo la sensación de un quejumbre, de secreta correspondencia al corazón.

—Sí; cantá no más; a güen tiempo... Cantale no más al aire—gruñó don León, aprensado al flanco de su caballo entre la maciega.—Después montó, y culebreando por las raleaduras del espinal, salió al limpio. Se alejó caviloso.

En que la mañana llora,
cuando se moja l'aurora
con el vapor del rocío...

Le alcanzó, apagándose
a cada nota, la voz sentida
del cantor.

Como la tierra, entraña el alma contradicciones, virtudes sensacionales... La conoció al caer al pago. Carnes de camambú, relucientes de rosa, y bajo el copete los ojos como cuentas, renegridos. Catorce años, primorosos. Don León lo miró bien, y por el privilegio de forastero, le abrió su casa sin reparos. Empezó el amorío. Cantaba fascinadoramente. Y a poco la prenda fué suya.

El rancho nuevo, oliendo a barro y pajas, supuso entonces el brote reventado partiendo la tierra en cruz, sobre el raso de los campos. Todos los ojos se asentaron gozosos sobre él. Y corrió el tiempo...

—Esto es encadenarse en las propias cuartas, clarito: como araña... ¡Eso! —Y tiró con rabia el freno en un rincón. La coscoja al rodar por la tierra dura tuvo un eco sonoro de marcha.

—Porque ya no me querís... —y lagrimeó silenciosa en el secreto del delantal.

—¡Querer!... ¡Querer!... ¿Y a qué le llamás querer, decime? ¿Al conchabo, y al gusto e venir y hallarte siempre con el mismo cariño, y siempre igual? ¿A lo que aburre y cansa a la corta o a la larga? ¿A eso? ¡Y el mundo tan grande, tanto que hay que ver! —Y se le fué en los ojos el alma al infinito.

—Sí... te has cansao de mí... ya sé... ya sé...

—No llores ansina. Oí... No m'he cansao de vos. ¡Me canso e la vida cochinal! D'eso no más me canso. ¡Juna, haber nacido volador!

Y ni una palabra más. La abrazó muy tierno, la consoló. Pero al otro día no vino del trabajo,

La Tapera

Por Albin Dardolopez

DEBIDO DE PELAEZ

ni al siguiente, ni volvió más. El destino se llevó al «volador».

—Puede ser muy bien; sí, puede ser. Un arrepentimiento, el andar en la mala... ¡Pero de los arrepentidos se sirve Dios! ¡No te ha de volver a ver!

Y don León, animado contra el engaño de los

las sombras y las melodías, la tapera, solitaria.

¡Y cada vez que la miro
dejo sobre ella un suspiro
para que no quede sola!...

¿A qué había vuelto, después de un año de ausencia, a rondar por su rancho agujereado de aspas? Misterios de alma, virtudes sensacionales... El pago supersticioso empezó a creer que andaba penando.

En la pulpería, don León departe con un su aparcero.

—Sí, mi don León, eso muchas veces... L'alma...

—¡Qué! Le digo que l'alma dé, siempre ha sido tapera. No es aquella de los cardos la tapera suya, que conocemos. Esa es una apariencia. Creamé, sé lo que digo.

—Tome otra.

De pronto se hace un alboroto de gentes. Se agolpan a la puerta.

—¡Lindo juego dijo una vieja, y se le quemaba el reboso!

—¿Pero no es la tapera?
—¡La mesma!

Al sombrero de boca de noche, vieron arder las ruinas. La luz fulguraba como una gran burbuja brava. Y de golpe quedaron fríos. La figura de un gaucho, saltó del fachinal, atropellando en loca carrera bruta, los paredones llameantes. La guitarra aleteaba como una ave a la espalda entre las ondas del poncho. Llegó, y desapareció en las llamas.

—¡Pobrecito!
—¡L'alma del cantor!

Y ante la manifestación del dolor, del amor secreto, los ojos se volvieron reconvinentes a don León.

La novedad de los relumbres, echó al patio a la moza.

—¡Se quema mi pobre casa!

Un jinete cruzaba a la carrera... Como por un milagro, salido de las llamas, después de tumbar en la tremenda pechada el esqueleto del rancho contra el suelo. Y casi sonambulando, instintivamente, ella subió ayudada por los brazos amantes a las ancas.

Y nuevamente corrieron recortando la dirección de la pulpería, ante todos, que se santiguaron, mudos. Y cerraron los ojos para no ver. Ahora la figura apropiaba proporciones patentes de fantasma. Alumbrándose en las últimas reflexiones de la sanjuanada, que fundía los recuerdos de la tapera, como un relicario abrasado. Y se perdieron hacia el amoroso desconocido, en la noche, brillante de estrellas y rocíos...

El aparcero habló:

—El cuerpo ha quedao en la fogata, no hay que jurarlo pa crerlo, pero l'alma del cantor va por la pampa, y correrá sin parar más...

Y don León, enronquecido en la sofocación de un llanto:

—¡L ha condenao a m'hijita! ¡Y contra las almas en pena no cortan las armas del crestiano! —Se cerró un puño en los ojos para triturar una lágrima. —¡Y agora la tapera es mi corazón viejo, aujereao de abandono por las aspas del destino!...

—Tomen otra...



forasteros, amargamente, ocultó a su hija en un rincón del rancho, con mandato que no se asomase a la puerta, mientras él anduviera en el pago.

—Usté ta bien con su tata, hijita; no se muestre qu'es p'hacerle piores males que abandonarla. ¡Tengalé miedo, hijita!

Y más sentida que nunca, casi con visos de misterio, se oyó, al morir de las tardes sobre los fondos rojos del ocaso, o en el silencio de las noches, la canción doliente, palpitante, perdida al imperio del infinito. Influxo de santuario en la ignorancia, cobraba para los vivientes, entre



GRIS

POR PEDRO MIGUEL OBLIGADO

El cielo es de humo. Allá, en el confin,
el bosque es cual nube pesada y oscura;
y cerca, más verde, el verde jardín
se inmaterializa... El viento murmura
palabras extrañas de una lengua hueca
que antes conocimos... Y rueda ruidosa
la hojarasca seca, como en una rueda
que gira, invisible, loca, misteriosa...

Es día de ensueño y de sutileza,
en que todo es vago y todo se esfuma;
y ¿por qué si hoy tiene más delicadeza
la vida, con carga más pesada abruma?...
Se retraen las cosas, se hunden y se alejan,
entre el verde, tienen las casitas algo
de ropas lavadas, y cuadros semejan
los paisajes, propios de un marqués y un galgo...

Y chisporrotea la lluvia, y chasquea
la fusta furiosa de los chaparrones,
que chista en los charcos dõ el agua flechea;
charcos donde flotan frutos y botones.
Y la lluvia sigue: Si el chubasco fuera
tenaz, ¡pobre choza de techo de paja,
tan agachadita, junto a una palmera
que es como un paraguas que el vendaval raja!

Bramando, a los campos llega un tren. Muy lento
sigue luego, como si al marchar se ahogara
de fatiga; y sopla su brumoso aliento,
tal como si un cielo gris desparramara...

Horas de ceniza. Todos los dolores
de la tierra encuentran un triste consuelo;
y cual terso lago toma los colores
del espacio; el alma es un vago anhelo...
¿Qué esperamos? ¿Sueña en la intimidad
una resignada e inútil ternura?
Si algo sentimos es nuestra bondad,
que de tan intensa, es una amargura.

Gris, delicadeza de lo negro; gris
de melancolía, que es pena ideal;
gris de viaje largo; del hondo país
del silencio, en donde se une el bien y el mal.
Gris y gris... ¡Qué solo estoy este día!
¿Seré una nube que se lleva el viento?
¿Un soplo que quiere tener melodía,
y pasa, y ha sido tan sólo un acento?

¡La lluvia!... Me quedo sin ser, distraído...
Es que alguien me llama y sufro su encanto.
¡Las nubes!... Mis ojos se han humedecido:
¡es que llueve tanto!...





EN LAS PLAYAS VALENCIANAS
BOCETO AL ÓLEO DE SOROLLA.

PROPIEDAD DE DON MIGUEL FANDO.



Peu de temps avant la victoire du Christianisme, une voix mystérieuse courait sur les rives de la mer Egée, disant: «Le grand Pan est mort!...»
(MICHELET).

Myrtis se internó, con lento paso, en la espesura llena de silencio, donde un sol desfalleciente ponía reflejos apenas tibios. El mortecino mirar del crepúsculo más temprano, al insinuarse por entre la añeja fronda, érase vuelto glauco como si atravesado hubiese los cristales del mar o las facies de una esmeralda inmensa.

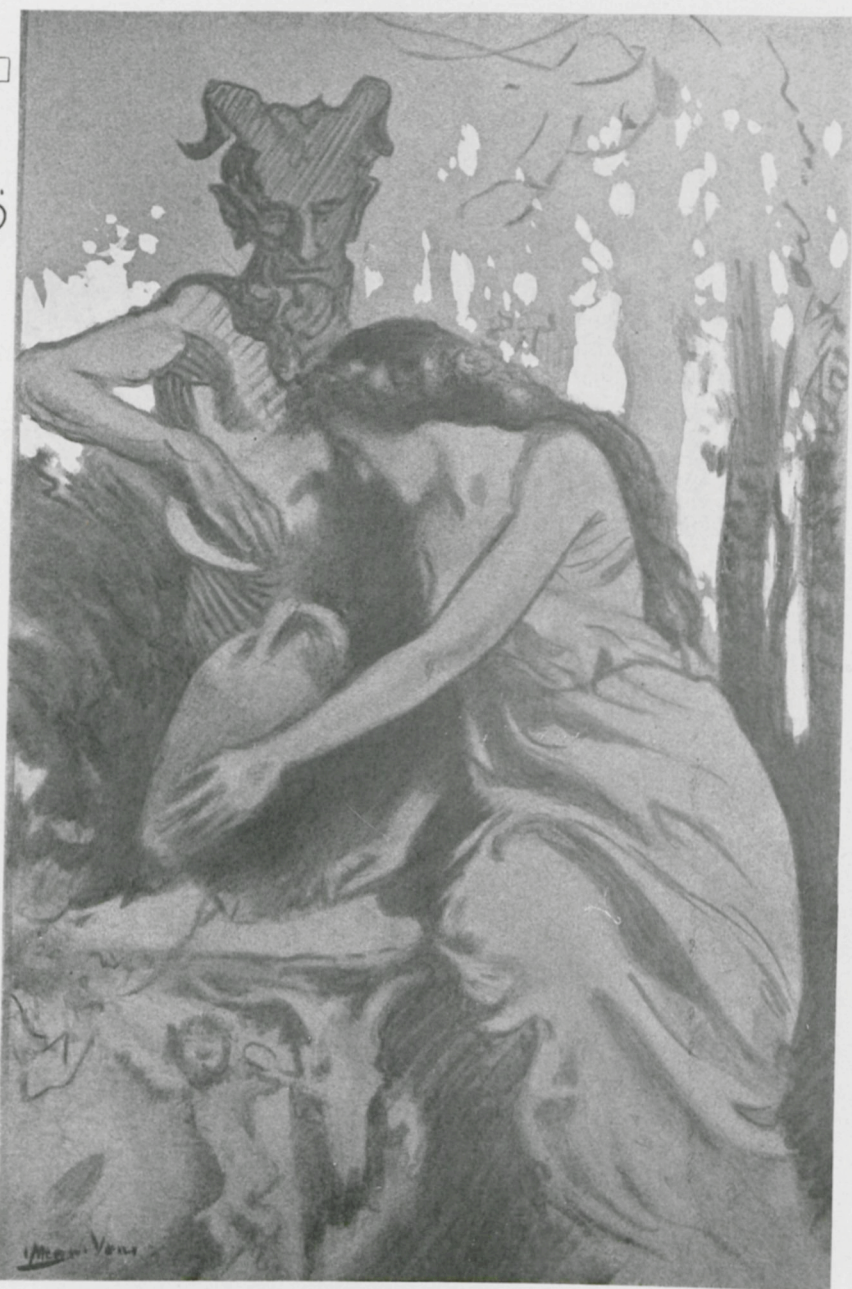
Pero en esa tarde, al encaminarse hacia el ara del silvestre Pan, la driade — cuya frente sólo conociera, hasta entonces, los surcos fugaces de la alegría y cuyos miembros livianos únicamente se agitaran con el ritmo de la danza o la cadencia de las procesiones — sintió sobre sus sienes pálidas la presión turbadora de un oscuro presentimiento y en los gráciles flancos la rémora de la angustia.

Pronto, sin embargo, ese cingulo de pesadumbre fué distendiéndose ante un efluvio nuevo de confianza, que libertó en sus labios la flor de la sonrisa y en sus músculos leves el donaire del andar. Puesto que ella llevaba, al dios, el don votivo: el divino espíritu, evocado a lo lejos por la atracción de la ofrenda, de lo lejos vendría — sonada que fuese la hora del sacrificio — para transfundirse en la efigie de mármol, convirtiendo cual siempre, la piedra en carne: en carne precaria, pero cálida y viva. Y los ojos atónitos tornarían a animarse, como otras veces, por el vislumbre del mirar maligno; y los labios, vueltos amables, verterían el aliento generoso que fecunda los campos, sazona las mieses y encrespa el cristal blando de las fuentes; y la mano, ahora rígida, oprimiría aún la sonora siringa a cuya voz somnolienta se agrupan los rebaños.

Myrtis depuso, junto al altar, el holocausto: el ánfora en que murmura el Chíos espumoso. Y en el altar enlazó aromada guirnalda de rosas citéreas y de jacintos mitilénicos.

Pero la esperanza fué vana: el dios no despertó, entonces; no trepidó la roca de su piel ante la caricia excitadora; no se crisparon sus labios bajo el beso. El alma de la deidad no acudió al llamado propiciatorio. Y de la sagrada selva no emanó, tampoco, el musical murmullo de las preces: el cantar vago que antes entonaran los innumerables labios verdes de los árboles.

Un clamor indistinto alzóse, en cambio, repentinamente, desde el mar contigo: «¡Pan ha muerto! ¡Pan ha muerto!...» Y la driade, estremeciéndose ante la revelación desoladora, comprendió que el espíritu del Dios-Naturaleza nunca más daría ya vida a aquel simulacro inerte. Y, abra-



Por
Julio Lerena Juanico
Dibujos
de Medina
Vera...

zada a él por la vez última, lloró con infinito dolor.

Luego, substraéndose a una larga despedida, desanduvo la senda que cruzaba la espesura; espesura llena, más que antes, de silencio y de la cual el sol había retirado, ya, sus rayos más displicentes.

...Tardía titilación de luz, flotando un momento en la distancia violeta, finge, al pronto, sobre la cumbre nevada y lívida del Olimpo — que los Crónidas desertaran — las brasas melancólicas de la postrera oblación. Y algún prisma de hielo, al incendiarse en el picacho ríspido, semeja, envuelto en la niebla remota, un altísimo fanal de amatista.

Puis, il y eut dans cette nuit, je ne sais quoi qui n'a pas de nom. Enfants de la nuit, le couchant est noir, mais l'Orient commence à blanchir!...
(LAMENNAIS).

Llevada por una fuerza extraña e irresistible, la driade se acercó al borde de la playa, hasta donde las ondas se arrastraban, gimientes, para yacer. Y percibió, en su atenuada vocinglería, el estertor de las últimas sirenas. Y, en el aire sidéreo, un vago y reciente retumbar...

Un relámpago desgarró, precariamente, las estratificadas rocas del cielo y dejó ver cómo — por una hondura de plata ígnea — precipitábase el tropel de los dioses decaídos e inermes: Arés, Hefaiostos, Poseidon... Y detrás, cual protegiéndolos en la marcha tumultuosa, aquel que antes los comandara: Zeus. Zeus, quien, para retemplar el ánimo de la celeste cohorte, aun agitaba, convulsivamente, sus rayos ya endebles y casi afónicos. Pero, ahora, la sombra no es completa. Los paralelos rizos de las aguas fosforecen dulcemente...

Myrtis no llora ya; en su boca, a la crispación del dolor, ha sucedido la suave curva del deleite. Sus ojos, tendidos hacia la lejanía inexacta, en ella han descubierto, al fin, la fuente de esa lumbre que va derramando poco a poco, en el paisaje, un fascinante resplendor azul.

Y en esa fuente ve cómo un contorno se concreta; y en el contorno un perfil y dentro de ese perfil una figura, más que la de los Inmortales, bella: la de un ser que anda y anda sobre las aguas vencidas...

Y esa blanquísima figura, sobre la mar camina hacia una pobre barca donde unos hombres, cándidos y amedrantados esperan.

Y el ser aquél, en jamás escuchada lengua, habla a los humildes así, calmando en ellos una ansiedad muy larga e infundiéndoles, con mesiánica voz, esperanzas de amor y de universal fraternidad:

— Alegraos: ¡soy Yo!

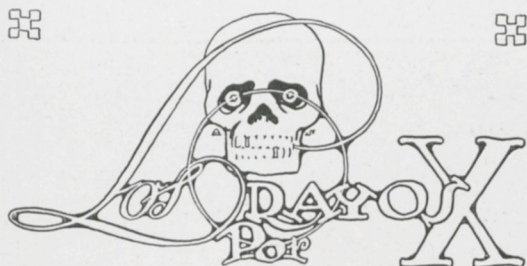
Y los ecos vocean:

— ¡El Señor ha llegado!

Arta
Raquel
Aldao .



Arta
Glara
Ocampo
Alvear .



MONTIEL & BALLESTEROS

Apartados del bullicio de la fiesta, en el amable ambiente de un saloncito lejano y silencioso, — Gualberto de Golons y yo, — bebíamos con la delectación de dos refinados.

Nunca más propicio momento para las confidencias.

El me narra su extraña historia:

«— Creo que fué un poeta francés, Jean Arthur Rimbaud, el que tuvo la intuición del color en las letras.

¿Es maravilloso, verdad? Imaginémoslo un soneto armónicamente multicolor; un madrigal de tonos frescos y suaves, como una oriental pintura de abanico; el claro y luminoso esmalte de una égloga...

Un libro sería un tapiz de Oriente; un rosetón que se abre en rosa de colores sobre la densa penumbra del templo; un friso; la caparazón metálica de un insecto...

Existe una sutil relación de afinidad entre el color y la emoción. Yo gusté ese quintaesenciado refinamiento y fui aun más lejos. Sentí con el ritmo el color de las frases: un ameno «causeur» pinta sobre el lienzo impoluto del silencio un cuadro fantástico y elocuente: claro como una «Primavera» de Botticelli o tétrico cual un «capricho» de Goya. Después me remonté a los espíritus y los contemplé a través de sus envolturas corpóreas: los descubrí diáfanos, azules, matinales, o grises, torvos, ásperos...

Era un espectáculo fantasmagórico y bello el desfile de las almas.

Como yo había hecho profundos estudios psicológicos, me quise convencer de que aquella propiedad, casi intuitiva, era el resultado de mis condiciones de observador; pero, destruía mi suposición, la evidencia precisa que demostraba para catalogar y distinguir a los desconocidos.

Con usted, por ejemplo, tengo afinidad; su alma, como la mía, es policroma...

En ese entonces, en procura de emociones, fui hasta el anfiteatro de un hospital, en compañía de un médico amigo. Yo había explicado a éste mi fenómeno, que definía en mí una desconocida sensación.

En la apología que de Raimundo Sabounde hace Montaigne, habla de un sentido embrionario, que pudiera ser el sexto, y que es el que nos permite sentir lo que consideramos sobrenatural...

Utópica o verídica la idea, yo sentía, como siento, la inédita sensación de un sentido nuevo.

Con mi amigo, el médico, examinamos a varios enfermos.

Hubo que someter a un paciente a la luz fantástica de los rayos Röntgen: dieron corriente eléctrica a la máquina; irradió la pantalla: se dijera que había saltado desde el misterio la armazón ósea del pobre hombre. Cuando cesó de maniobrar el aparato yo lo seguía viendo de la misma singular manera; como estaba de espalda, distinguía precisamente las vértebras de la espina dorsal, los omoplatos lisos, las costillas convexas, el occipital...

Se me ocurrió que aquello se debería a un efecto de continuidad de visión y no quise exponerme al ridículo manifestándolo.

Mi amigo, el médico, me hablaba. Al contestarle observé su rostro, y en vez de verle como de costumbre, descubrí su cráneo mondo, las cuencas vacías de sus ojos, las fosas nasales negras... Aquello me produjo una impresión terrorífica y repugnante; hubiera apartado la vista de la visión espantosa, pero mi amigo me volvió a hablar.

Horrorizado y sin atinar a nada reparé en una muela orificada que brillaba en su dentadura agrietada y le hablé de ella, tratando de disimular la horripilante escena.

El, entonces, se preocupó visiblemente de mi observación intempestiva y quiso averiguar su porqué. Callé que como un rayo de sol al cristal le traspasaban mis ojos videntes.

Creí que alejándome de allí evitaría aquel inquietante miraje de pesadilla, y, pretextando una necesidad urgente, salí del hospital a prisa, como escapado.

En la puerta un esqueleto me hizo una reverencia. Fui a ascender a un tranvía y me detuve cohibido: guardando las distancias, como en una vitrina de museo, armazones óseas de todos tamaños ocupaban los asientos: conservaban un equilibrio inverosímil, rígidas, indiferentes...

El tranvía se alejó con su carga fúnebre...

Me acordé de que aseguran los naturalistas que algunos insectos del orden de los libélidos poseen la virtud de la doble vista... Convencido de que eso me ocurría temporalmente, quise olvidarme de la obsesión.

Llamé a un taxi, y me extrañó sobremanera que aquella figura de hueso del chauffeur me entendiese. Le di instrucciones para que diese la mayor prisa posible a su automóvil; quería huir de aquel fantasmagórico espectáculo de pesadilla.

El viaje fué un delirio trágico y vertiginoso; como una carrera desenfrenada, loca, fantástica, por las calles de una ciudad de esqueletos animados de un dinamismo espantoso.

Corríamos entre personajes de hueso, que, a veces se volvían, ensayaban una sonrisa horrible que les descoyuntaba las mandíbulas, hacían reverencias, alzaban los brazos sin carne... ¡Me parecía oír el ruido espeluznante de los huesos que chocaban, como en un embrujado aquelarre y revivía las tétricas danzas macabras que nos relatan los viejos códices del medioevo!

Llegué a mi casa, dejé caer, medroso, unas monedas en la mano descarnada del chauffeur y me encerré, dando orden de que no estaba para nadie.

¡Hasta mis criados habían uniformado sus personalidades! Sólo les diferenciaba por la estatura...

Deténgase a pensar un momento en mi vida desde aquel instante; es sencillamente torturadora; mientras estoy despierto, ¡hasta con los ojos cerrados, veo el cuadro cruel!

Es verdad que veo también las almas y que esto neutraliza con su color el alucinante desfile macabro. Es demasiado fuerte para mis nervios y mi cerebro familiarizarme con tal pesadilla...

He intentado ir al teatro, y al entrar, cuando se ha hecho ese silencio que precede al elevarse del telón, he recorrido la sala, — con la vista, — y he huido de aquel mar de cabezas amarillas y vacías... y, porque allá, más lejos, en el escenario, una parodia humana, mal compuesta de huesos sucios, lanza frases o gritos, automáticamente, como un gramófono...

Piense usted en el efecto que me producirán en el salón de baile las parejas de esqueletos en el torbellino de un vals.

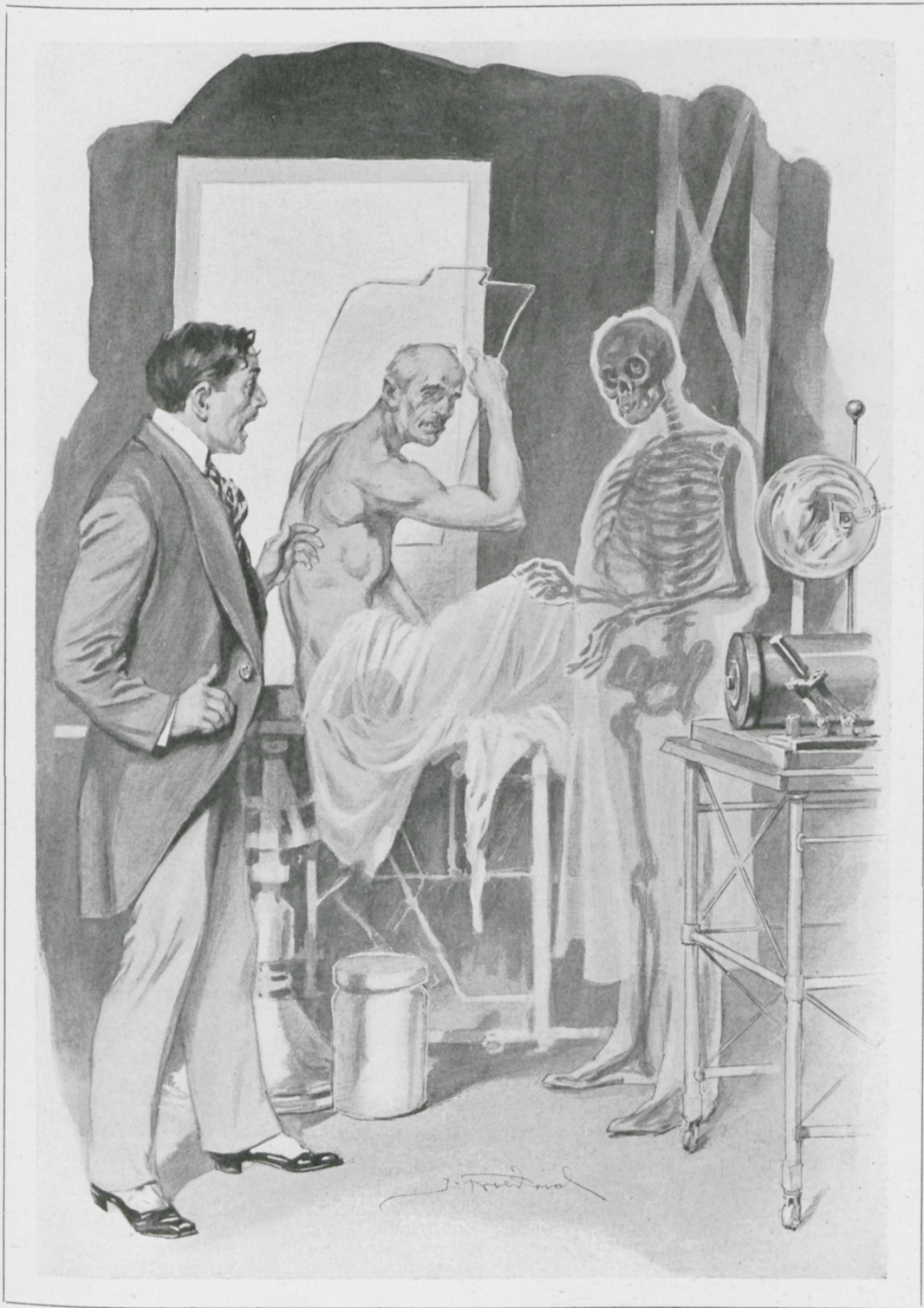
Esa es la razón de haberme alejado de allí...

Ahora pienso concretarme a estudiar el cerebro... Quién sabe qué revelaciones asombrosas sobre la génesis del pensamiento me va a hacer esa masa gris y untuosa, que elabora la idea bajo el caparazón de galápago del cráneo...

Yo sentía la mirada glacial y penetrante de Gualberto de Golons, acariciándome los huesos, como si un helado contacto de acero fuera desnudando implacable todo mi esqueleto...

DIBUJO DE FRIEDRICH.

Coincidiendo con el argumento central de este cuento, hecho hace más de un año, como lo pueden atestiguar varias personas, las revistas y diarios informan el caso de un individuo que, en Chile, ha manifestado la supuesta condición fenomenal de mi personaje.





Cuadros urbanos

Al caer de la tarde se hermosea el Riachuelo. El «far niente» y la obscuridad lo disfrazan.

Diríase que muere con la luz; que el dios de los vagabundos decidió por fin terminar en el misterio de la noche la inacabable agonía del diminuto y picaresco río.

La naturaleza le concedió una tumba egregia, donde cayeron ríos majestuosos: el estuario. La mecánica le ha elevado gigantesco monumento funerario: el puente transbordador. El Riachue-



A orillas del Riachuelo

lo muere como un magnate o un «parvenu».

Al correr de los tiempos, durante un anochecer tranquilo como éste, caerán los últimos vestigios del riacho y de las cosas que le rodean; desaparecerán los bergantines altivos y murrientos, los marineros vagabundos y borrachos; desaparecerá todo lo que ahora da color y originalidad a este rincón del mundo, donde se amontonan las gentes y las cosas de cien rincones del mundo, a las orillas del Riachuelo.

Reminiscencia de antaño *Por Folco Testena*

El que ignorase lo que es, en Italia, el «scialletto» en la femenil indumentaria aldeana, mirando a esta expresiva cabeza del pintor Pedro Gaudenzi, pensaría en un tipo de villorrio español. Yo mismo, antes de reparar en las peculiaridades del retrato, en esos característicos colores que ciñen el cuello de esta moza rebosante de salud y donaire, fuíme con el pensamiento a buscar el original en algunas de las novelas campesinas de aquel incomparable prosista y narrador que es Pereda; y asomóse entonces, a mi memoria, la cara risueña y sonrosada de la novia despreciada de Nisco, Catalina, que acaso debió reír con la misma picaresca sonrisa que ilumina esta cabecita de Gaudenzi.

Y, sin embargo, nada puede encontrarse de más romano, y aquí tenemos la más acabada de las «ciociare», que ha nacido, sin duda, en la comarca del Urbe, en la comarca de las trágicas memorias, en la región de las fiebres y del latifundio, en la tierra aquella del fetiquismo católico, que guarda, sin embargo, indelebles las huellas de la liturgia pagana.

El cuadro, en verdad, más vale para demostrar las óptimas cualidades de Gaudenzi, que para alabar la mujeril belleza

italiana; quien analizara las facciones de esta joven, encontraría, antes bien, rasgos ingratos que signos de belleza; las «ciociare» no habrían elegido, seguramente, a esta joven, como el «tipo» más característico y más representativo de su raza y de su gremio.

Confieso que me causa gracia el oír hablar del tipo italiano, especialmente refiriéndose al femenino. No hay, en Italia, tipo en los hombres, y mucho menos lo hay en las mujeres. No sólo cada región tiene su tipo, pero más aún, cada provincia tiene el suyo; y acaso eso sea poco decir, pues recuerdo que hace años (¡oh, muchos!) cuando vivía yo en mi tierra y lejos estaba de tener esta cara de chivo momificado y tenía — culpa de la edad — un poco de afición al «eterno femenino», no «regal», como el de Carducci, sino aldeano, como a un aldeano cuadraba, en los días de feria sabía decir: «Esa rubia de largas y sedosas pestañas viene de tal pueblo; esa morena con el pelo enroscado hacia la nuca, viene de tal otro, y esa esbelta y blanca que tiene la majestuosidad de una reina, viene del otro». Y acertaba. Es verdad que en cada cosa más vale la práctica que la gramática; y yo nunca supe de gramática; pero en la práctica... no hablemos más de esto.

Y a propósito de las «ciociare» floristas... ¿habéis pensado nunca cuántas cosas pueda hacer



un hombre joven en el espacio, en apariencia tan breve, de veinticuatro horas?

Pues este cuadro de Gaudenzi despierta, en mi memoria, el relato de un amigo, que contóme cómo había empleado una vez el tiempo, en Roma, desde una medianoche a la otra, llevando cuenta hora por hora. Es un paréntesis interesante.

Había llegado a la estación de Termini, pocos minutos antes de la medianoche; a la una de la madrugada, había tomado su baño y su té, se había acostado, se había aburrido solemnemente leyendo el relato de una sesión del Senado (en Italia no necesita quórum) y había concluido finalmente por dormirse. A las siete, en un auto corría velozmente hacia «Castel Gandolfo», donde negoció y vendió a un sacerdote un antiguo relicario; a las once, ya de vuelta, bajábase de su auto, cerca del Coliseo, para seguir hasta la Casa del Pueblo, donde se había reunido un comicio ¡qué sé yo! republicano, socialista, anarquista, algo de todo eso debía ser; ahora, como mi amigo era justamente orador, no parecíale bien que el pueblo le viera llegar en auto. A la una, disuelto el comicio, comió en casa de un conocido; en verdad, el dueño de casa no estaba; pero, en cambio, estaba la dueña. Y antes o después de comer, no recuerdo, se entretuvieron mirando, desde la alta azotea de la casa, el «Circo Agonale».

«Agustum», y sin darse cuenta se había encontrado en la Plaza de España. El crepúsculo teñía con una pátina de callada sensualidad aquel rincón característico de Roma; sentada entre sus flores, aguerrida, hermosa, sana, una «ciociara» sonreía enseñando sus blancos dientes y sus labios encendidos como la doble hilera de rojo coral que ceñía su cuello moreno. ¿Qué impresión produjo en el ánimo de mi amigo la sana, fresca y provocante sonrisa de la «ciociara»? No lo sé. Lo que sé, es que se fueron los dos muy juntos y sonrientes: ella, mordiendo con sus dientes robustos el delicado tallo de un clavel rojo; él, mirándole absorto, olvidado de todo, envuelto en ese hálito de sensualidad y de amor que llovía de ese cielo crepuscular que, oscureciéndose poco a poco, aumentaba el misterioso encanto de las oscuras callejuelas que cruzan Roma la vieja, desde el «Corso» hasta la calle Sixtina. Más no puedo decir; sé que mi amigo, a las diez, estaba en la reunión masónica.

Y ahora, al contemplar esta «ciociara» de Gaudenzi, me acuerdo de la «ciociara» de mi amigo y de las veinticuatro horas de éste y de Roma y de la Plaza de España, con sus flores y sus «ciociare» risueñas. ¡Cuántas cosas ha despertado en mi memoria esta cabecita de Gaudenzi! Y ¡quién pudiera volver a esos tiempos!

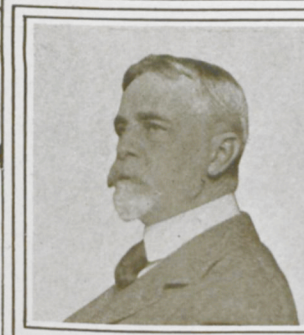
DIBUJO DE GAUDENZI

A las tres, mi amigo estaba en la estación; se esperaba la llegada de unos chicos hijos de huelguistas umbros. La policía intervino para disolver los grupos; sobra decir que desde entonces no hubo más orden; toques de clarín, silbidos, gritos, imprecaciones de la muchedumbre, bayonetas desenvainadas, piedras arrojadas al aire; breve: a las tres y media mi amigo se encontraba en un calabozo de la policía, y a las cuatro, por medio de un diputado de la extrema izquierda, le ponían en libertad. Esta vez, sin reparar que le observaban, subió a un coche, y pocos minutos después escuchaba en el «Agustum» un concierto de música sacra. A las diez, asistía a una reunión de masones (tenía también ese vicio mi amigo). A medianoche comía «spaghetti» en el «fedelinaro» frente a la «Fontana di Trevi»; a la una, escribía un soneto, inspirado por el arrullo de la fuente, y cerca de las dos apagaba la luz de su cuarto, después de haberse bañado por fuera con agua, por dentro con té. ¿Pero qué había hecho de su tiempo desde siete y media hasta diez?

Conmovido por lo melancólico y solemne de un ofertorio de Scarlatti, había salido del

LOS MARINOS NORTEAMERICANOS

ALMIRANTE WILLIAM B. CAPERTON.



EN BUENOS AIRES

EL EMBAJADOR MR. FREDERIC
JESUP STIMPSON.



EL BUQUE ALMIRANTE
ENTRANDO A LA DAR-
SENA NORTE.



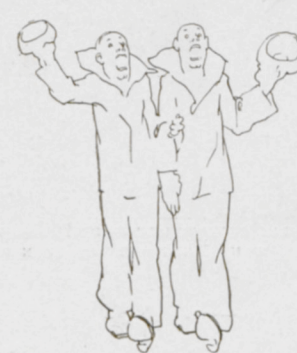
EN LA LEGACIÓN DE
LOS ESTADOS UNIDOS.



ALMUERZO EN EL HOTEL DE INMIGRANTES
A OCHOCIENTOS MARINEROS.



MANIFESTACIÓN ANTE
EL LOCAL DE LA EMBAJADA.



ESPERANDO LA LLEGADA
DE LA ESCUADRA.



EL BAILE EN EL
PLAZA HOTEL.



BANQUETE EN EL
PRÍNCIPE JORGE.





DESDE PARÍS El Cubismo en el Teatro.

El cubismo es el analfabetismo de la pintura. En esto se parece a los varios «ismos» modernistas que cayeron sobre el arte de Fidiás para celebrar una merienda de negros locos y antropófagos. A todas las meriendas de negros van siempre uno o varios mulatos catedráticos que se comen las tajadas...

Pero hay ismos e ismos. Aun en medio de sus mayores locuras, las escuelas pictóricas que reuercen la línea, maltratan el color y martirizan la perspectiva, existe un propósito artístico más o menos descabellado; y, sobre todo, tienen una disculpa: la caza a la originalidad, la persecución de esa alimaña que se llama originalidad, que huye a través de la selva cansando a los cazadores, destripando jaurías.

El cubismo, verdadera elevación a potencias del

desdibujo y del desentonamiento, no tiene justificación. Caso de locura en unos, de mundología en otros, resulta un pseudoarte de género chico, una «astracanada», como se dice en el argot del teatro castellano.

Pocos objetos hay más frescos que un cubo y un cubista.

Pues bien: el cubismo ha subido a escena en brazos, y en piernas, de Terpsícore, la musa de las cabriolas furibundas, de las piruetas sabias, de los saltitos rítmicos. Terpsícore puso, mejor dicho, alquiló al cubismo todas las gracias del baile, remediando el vuelo, el éxtasis, la carrera, la ofrenda y el rastrear. Terpsícore ha trabajado en una función a beneficio del cubismo (léase cubistas).

Esta danza macabra de la pintura [pobre pintura], se titula «Parade» y su argumento salió del cacumen de monsieur Jean Cocteau. Por lo que verá después el lector, el tema del bailable tiene muchos puntos de semejanza con aquel primoroso «ballet» ruso cuyo título no recuerdo ahora, donde las marionetas de un teatrillo de feria se escapan de noche y trabajan animadas por pasiones humanas.

Sea lo que fuere, Cocteau ha imaginado un baile cubista, creyéndose con esto un innovador. El cubismo en escena puede resultar una novedad en el teatro del Chatelet de París, pero si se escudriña la historia de la literatura mundial, pronto encontraremos al verdadero inventor del cubismo escénico.

En la ciudad donde Picasso — después hablaremos de Picasso — pintaba puestas de sol, en la ciudad de Málaga, vino al mundo literario el hombre que llevó al prosenio la comedia cubista, y Cádiz, la incomparable, fué el lugar elegido por las musas para romper las dos columnas de Hércules teatrales que rezan también «non plus ultra».

Don José Pascual y Torres, «comediógrafo» desconocido de Melitón González, derribó la columna de la verdad escénica y la otra columna del sentido común, por medio de una obra que se llama «A la mar».

Las ideas, la acción, las unidades de lugar y de tiempo, todo es perfectamente cúbico, cuadrado y múltiple. El más inextricable de los dibujos cubistas parece un apunte sencillo al lado de cualquier detalle de tan portentosa obra.

Pondré algunos ejemplos, si puedo. El protagonista, que es oficial de marina, desea trasladarse de Cádiz a Jerez, apesar de que en la patria

del gran vino no se le ha perdido nada. El asistente del héroe, adivinándole el pensamiento, sale con la valija en la mano, y oficial y marinero hacen mutis. Inmediatamente regresa el segundo, que exclama: «Ya dejé al señorito en el tren».

A los dos minutos el bizarro protagonista aparece, y, resoplando, dice: «¡Uf, cómo está Jerez!»

¿Se quiere más cubismo? Pues, ¡agua val! Al comenzar la acción, uno de los personajes tiene 40 años; al terminar, ha vuelto a sus 25 primaveras.

Don José Pascual y Torres fué el Téspis y el Shakespeare del teatro cubista, teatro altamente trágico, tan trágico que hace reír, tan bufo que hace llorar.



BALLET «LAS MUJERES DE BUEN HUMOR». VESTIDO DE BATISTA, ACUARELA DE LEÓN BAKST.



BALLET «LAS MUJERES DE BUEN HUMOR». VESTIDO DE CONSTANZA, ACUARELA DE LEÓN BAKST.



KIKIMORAS, PERSONAJE CUBISTA, PINTADO Y VESTIDO POR LARICNOW PARA «LOS CUENTOS RUSOS».



DECORACIÓN CUBISTA DEL BALLET DE «BABA IAGA» (CUENTOS RUSOS), PINTADO POR EL CUBISTA RUSO LARICNOW.



ACRÓBATA DE «PARADE», PINTADO POR PICASSO.

Describiré ahora lo indescriptible. Terminado el «ballet» «Las Sílides», fantasía de Fokine sobre el poema musical de Chopin, que los cubistas no deben ver y escuchar, pues resulta demasiado sencillo y hermoso, comienza la obra de Cocteau «Parade». El autor de la música se llama Erik Satie y es un Wáagner del «cacerolismo», a juzgar por la partitura. Se diría que el director de orquesta, en vez de manejar la batuta, muerde un limón ante una orquesta de músicos zulús. Todas las cigarras de Provenza, compitiendo con todos los borriquillos de Egipto, para exacerbar los nervios de diez elefantes y veinte mastines, no formarían un conjunto tan encantador.

Añadamos a esto el telón-prólogo de Picasso, un pintor que tiró las reglas del arte para hacerse cubista, cosa de bastante resultado monetario, según parece, pues ha reunido unos miles. Ese telón-prólogo viene a ser una especie de mesa revuelta fabricada, al parecer, con recortes de barajas francesas, cartabones, escuadras, pedazos de papeles viejos, etc. La imaginación de un proyectista de concursos o de juegos de ingenio no es capaz de inventar un rompecabezas más abstruso y enrevesado.

Los señores Cocteau, Satie y Picasso se figuran que solamente aquella tela separa al mundo de los burgueses y bohemios del mundo cubista. Sin embargo, hay otra barrera: una decoración del mencionado portapinceles. Representa, según dice el argumento, un bulevar exterior de París en pleno día de feria. ¿Representa? ¡Qué va a representar aquello! La decoración es una ensalada rusa vista a través de un tapón de cristal barato tallado en biseles irregulares. ¡Uf, cómo está París! — diré remendando al inimitable Pascual y Torres. Podría aprovecharse tal decoración como cartel «antiparisino», como un ejemplo moralista de lo que viene a ser el París vicioso donde se pervierten los jóvenes incautos, los niños inocentes, los estudiantes aplicados...

El público profano se pregunta si ve visiones: los creyentes del cubismo admiran la decoración y... empieza el baile.

Como los personajes cubistas no pueden bailar — ¿quién ha visto en trance de danza a un pulpo injerto de ananás? — Cocteau ha reservado ese triste papel para tres personas del mundo plano y vulgar: una niña norteamericana, dos acróbatas y un prestidigitador chino.

«Parade» es eso: una especie de exhibición, una muestra de lo que saben hacer las compañías de barracones, realizada *coram populo* con el fin de atraer a los espectadores reacios. Mientras tanto, los charlatanes de barraca gesticulan para llamar la atención del público.

¡Qué charlatanes! Su menor defecto es la mudez en que la música les encierra. Son farolones de múltiples facetas; en cada una cara, que parece casa, un árbol, un... nadie sabrá nunca que cosas pintó el artista en aquellos quioscos anunciadores y abandonados.

La jovencita americana, la yunta de acróbatas y el jugador amarillo bailan — después diré cómo — ante el público. El público no aparece en escena, es el mismo de la platea, de los palcos. Y, en verdad sea dicho: asistimos a la farsa cubista como transeúntes de feria que se ríen o se emboban ante

mana y de las figuras divinas: el cubismo! ¡¡Adelante, caballeros, caballeroos!!

Porque Cocteau sabe que el que entre se burlará, y muchos de los que se burlan terminarán creyendo en el cubismo, y a todos les costará dinero el burlarse o el creer. Acordaos, a este propósito, de los «inocentes» de vuestro pueblo, que os sacaban monedas y cigarrillos, que os decían barbaridades. Acordaos de que la palabra zongo es la onomatopeya del zumbido del zángano. Acordaos de que siempre hay seres dispuestos a creer que los antropófagos de feria comen carne humana.

¡Uf, cómo está Jerez!

... Eppur, María Chabelska *si muove*.

María Chabelska es la bailarina rusa, la mariposa, encargada del papel de jovencita norteamericana. Y también se mueven, a pesar del cubismo, los bailarines moscovitas que hacen la «parade».

Este milagro se debe a la nerviosa sangre de arte que corre por sus venas, al atlético ritmo que hay en aquellos músculos gráciles. Mariquita Chabelska, bailarina en pleno terremoto de la Martinica, bailaría sobre la tapa de su ataúd.

Este milagro, esta paradoja física y coreográfica, se deben a que Leone Massine organizó el ballet. Leone Massine es capaz de hacer bailar a los pasajeros de un transatlántico a medio hundir, es capaz de dirigir la danza de los muertos.

Todo un arte popular y sabio; todos los encantos de esa danza inaudita; toda la embriaguez de ese movimiento vertiginoso y deslumbrador, al servicio de tanto «superconvencionalismo», de tanta «frescura».

«Por dinero baila el perro» y la Chabelska — aunque resulte irreverente y poco galante la comparación. Por dinero y por pan, «tripas llevan los pies». Pero no sólo de dinero y pan vive el hombre; es necesario un poco de manteca con que untar las rebanadas. La alegría, la sinceridad, el arte, he aquí diversas marcas de cremosa mantequilla. El arte sincero, alegre o triste, es la que preferimos unos cuantos ideólogos e ilusos de ambos sexos.

Y existe en el cerebro humano una circunvolución, un recoveco, parecido a la ramita de los pajaritos de que nos habla el homérico Mistral. Allí no llegan las mordeduras del dinero ni las ansias del hambre; allí vive el arte por el arte, o el arte por aplausos.

Por eso baila Mariquita y sus compañeros en Terpsicore; por eso bailan, sin que les altere la risa, les horrorice la decoración o les paralice la música de Erik.

Gracias a los bailarines no le tiraron a los cubistas el cubo; gracias a los bailarines no elevaron a los autores a la tercera «potence» — ¡perdonen este «calembourg» franco-hispano-matemático!



LIDIA LOPOKOVA Y LEONIDE MASSINE, PRIMEROS BAILARINES DE LA COMPAÑÍA DE «BALLETTS RUSSES», EN EL BALLET «LAS SÍLIDES».

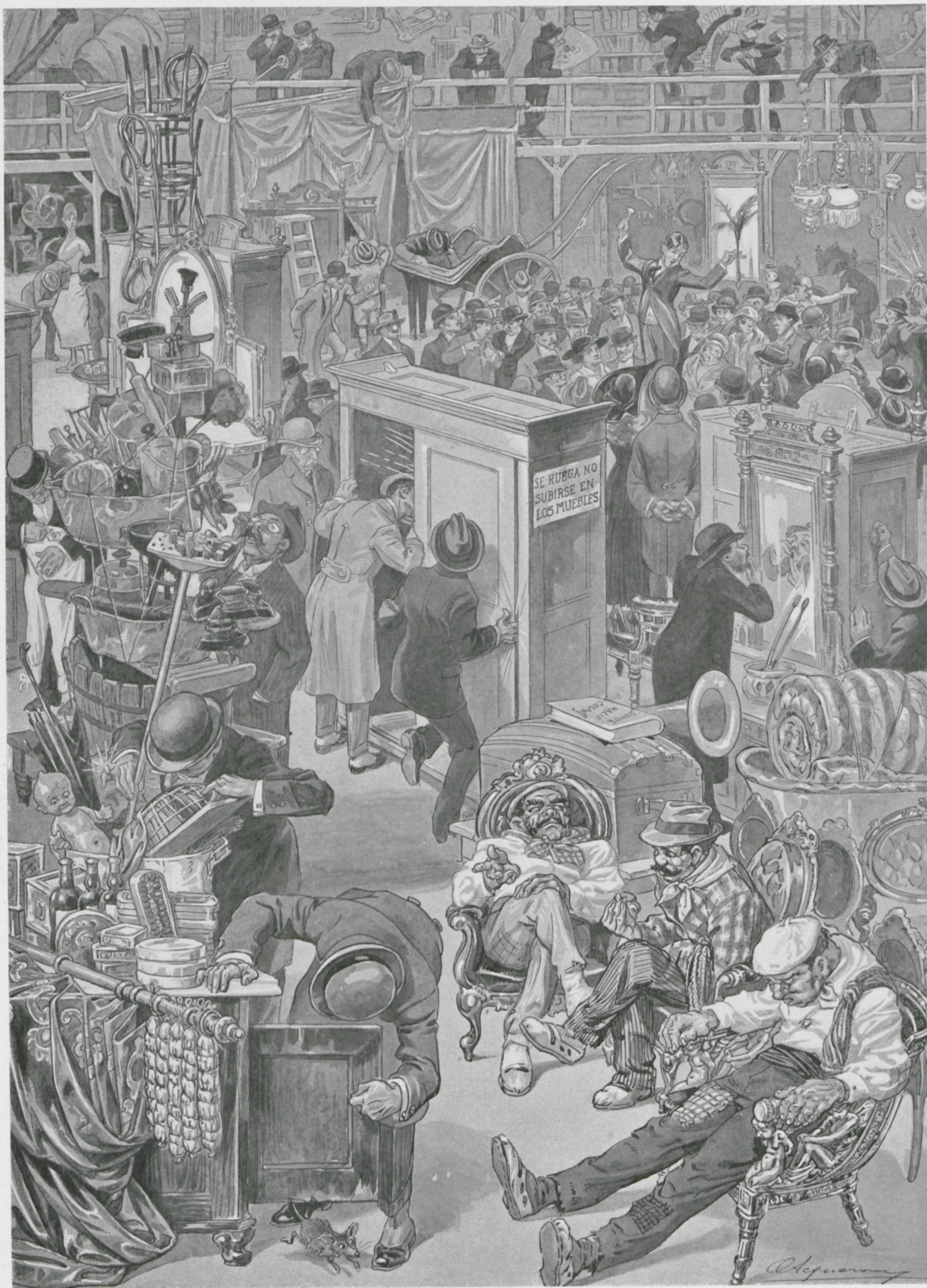
las proezas de un payaso callejero, ante la prometedora presencia de la mujer-cañón.

¡Pasen, pasen, caballeros — anuncia Cocteau por medio de la mímica de sus charlatanes silenciosos — adelante, y verán la maravilla de los siglos! ¡Vean, vean el cubismo gigantesco, cuyas botas tienen un peso de 40 kilos, garantizados! ¡Aquí, por primera vez en el mundo, se exhibe el traga-sables, el prestidigitador de la figura hu-



ANTONIO
G. DE
LINARES





LA CASA DE REMATE

DIBUJO DE ACQUARONE.

Escenas pintorescas

La Cocina ambulante

U

N vapor mercante que sin pedir ciertos documentos y a cambio de pocos duros, admitía

carga humana, me trajo en la primera bodega de popa. Fué mi viaje un triple bautismo de miseria, miedo y amargura, un triple bautismo que me purificó mucho, limpiándome de los múltiples pecados cometidos en una vida señorita, indolente. Así, al celebrar mis bodas de plata con la existencia, hice aquella travesía, tratado como un prisionero. El rancho de a bordo, la opresora angustia de alta mar, equivalieron para mí a las grotescas ceremonias con las cuales las tripulaciones alegres festejaban antaño el paso de la línea, a costa de los novicios.

«Para mis compañeros de cautiverio, campesinos casi todos, aquella bazofia constituía un régimen alimenticio reconstituyente, y el buque un hermoso y acreditado «restaurant» que flotaba a merced de las olas.

«Esta dicha relativa me amargó los principios del viaje: yo sólo era el infeliz entre tantos felices; para mí únicamente se había realizado una revolución abordo de un buque. Mas el hambre, el hambre de un estómago perfectamente limpio gracias al mareo, limpió mi conciencia, y me obligó a comer el rancho que olía y sabía a grasa de máquinas.

«Indudablemente el mundo debe cincelar a golpes los caracteres. De tan evidente verdad nunca supieron los hombres extraer un corolario de moral práctica. Por eso hay seres que mueren sin haber sufrido las pruebas cuya ejecución da certificado de aptitud para la vida.

«Cuatro bautismos es menester que caigan sobre la frente del joven: el del dolor, el del trabajo, el del hambre y el de la angustia. Y estas ceremonias debían estar instituidas por la costumbre, como cuatro servicios obligatorios.

«Por esas razones, — continuó diciendo mi amigo, — usted no comprenderá lo que es una cocina ambulante. Ese armatoste que parece una hornilla militar, reliquia de cien campañas, cumple una

misión superior quizás a sí mismo. No pretendía su dueño ejercer de filántropo, sino lucrarse con la necesidad, y, sin embargo, su obra es perfectamente altruista.

«Tampoco compra sus vituallas movido por su espíritu de selección: la baratura de la primera materia es su norma. A pesar de eso, ni la más cuidadosa ama, en fechas solemnes, lograría encontrar en los mejores mercados más suculentos manjares.

«Su indumentaria de *cordón bleu* se encuentra tal vez menos limpia que uno de los grasientos chorizos colgados de esa cocina.

«Esa cocina ambulante, previsora, que sale al encuentro de los que han hambre barata, tiene un alma grande oprimida entre una coraza de hierro caldeado. Ella y su amo son providenciales.

«¡Oh, cocina ambulante, invención que no cede en magnificencia a la invención de la taberna, mereces el elogio de un Baltasar de Alcázar o de un Fernández Moreno! Tu perfume opaco, denso, atrae a las gentes de diversas comarcas; en los muelles de Babel eres un oasis de la lengua universal, porque todos entienden hasta el menor murmullo de los chorizos que chirrían en la llama, los dorados y mudos llamamientos de las naranjas, las insinuaciones de las negras botellas. Posees todas las cosas tácitas que aconsejan, dirigen y consuelan el estómago y hacen pelear a los hombres:

para luego unirse en una unánime y concertada conversación, cuya única palabra es el inefable verbo mascar.

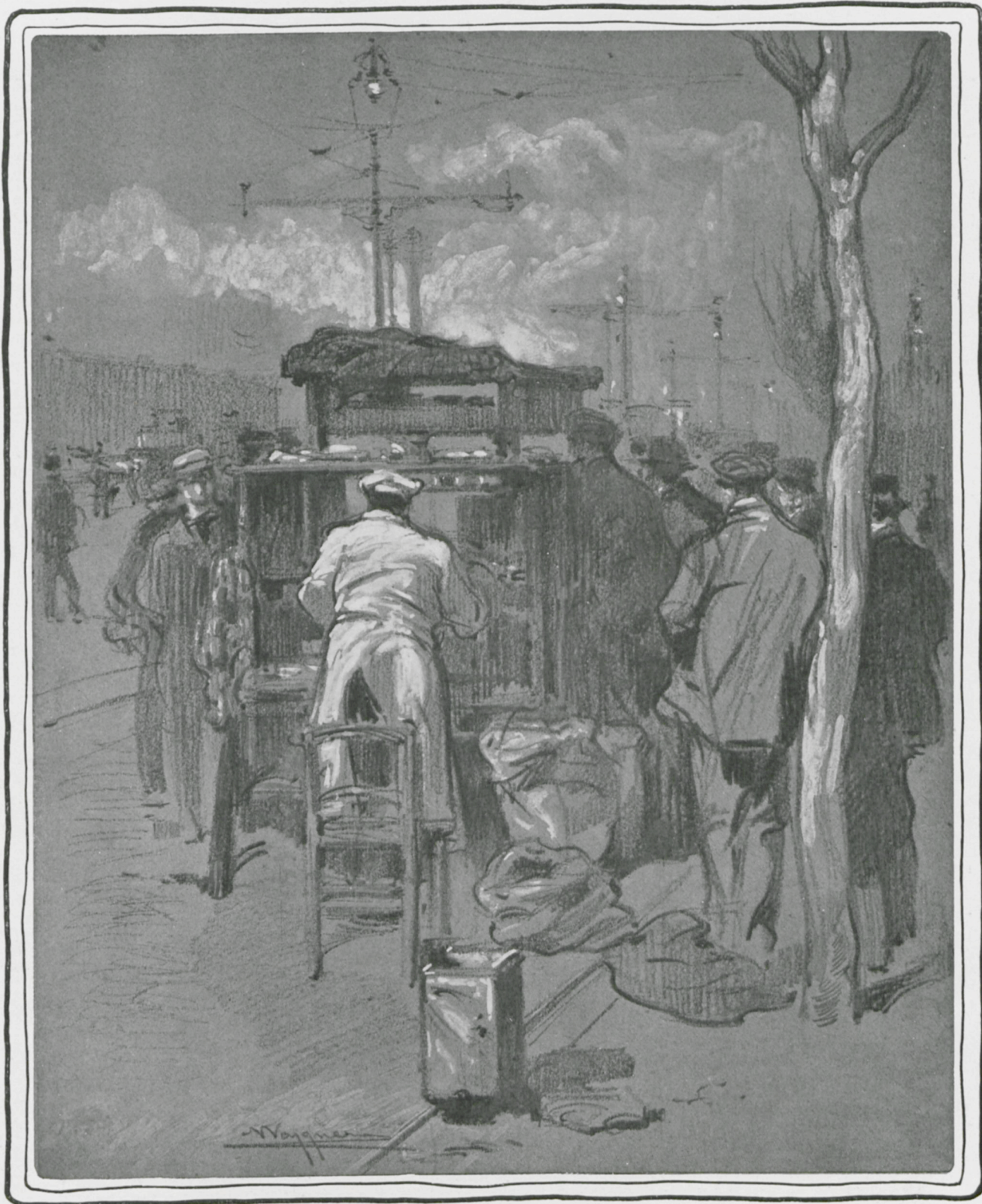
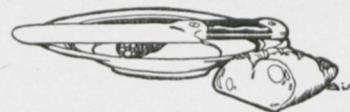
«Al pie de una cocina ambulante maté el hambre asquerosa que yo había almacenado en veinte jornadas de martirio. Y de vez en cuando, al pie de una cocina ambulante vengo a curarme los resabios de mi presente bienestar económico.

«Vea qué colección de rostros: unos angustiados, otros resplandecientes de malicia, o ensombrecidos por el crimen, pues también la cocina ambulante da fuerzas al vicio, como todas las cosas humanas. Aquí se da uno cuenta del inmenso abismo que separa a las frases de «tengo apetito» y «tengo hambre».

«Y aquí, amigo, cómodo amigo, en derredor, verá la única envidia justa y santa, la que roe el corazón y el vientre.»

BERNARDO SIERRA.

DIBUJO DE VÁZQUEZ.



CRONICA

DE 1827

La figura de Rosas, es interesante e instigadora. Reputados escritores se han atrafagado en el examen de su compleja personalidad; pues el *apache* político despertó siempre un vivo atractivo; y, en ocasiones, su influencia fué tanta, que ha exaltado a idólatras fervorosos, cultores de su memoria. La actitud de sus panegiristas es tolerable, sin embargo, en el campo de la filosofía especulativa. Acerca del tirano, parece haberse dicho todo. Los acontecimientos de su vida, desde la infancia hasta la senectud, han desfilado en descripción lapidaria e imborrable ante generaciones sucesivas. Fueron acciones multiformes, curiosas, espeluznantes.

Ramos Mejía, el más autorizado de los críticos del «Ilustre Restaurador de las Leyes», ha realizado la anatomía de la sociedad Rosina, narrando, con brillo y verdad, el ambiente de la época, sus instrumentos de opresión; el terror y sus medios coercitivos; asignando, con justicia, la parte que cupo a los lobos de su camada, y revelando, por fin, la entidad moral del déspota. Su obra de artífice y maestro, destaca, con vigor impresionante, al siniestro personaje.

Es temerario, aunque no inútil, volver sobre el mismo tema. El fallo de la posteridad resulta inmovible; y el análisis crítico de cualquier documentación, tiene aspecto de una repetición sin novedad. Porque lo ignoto, si algo hubiere, se presume, se deduce y adivina. Con todo, ciertos matices biográficos de Rosas, no están suficientemente esclarecidos.

Un epistolario inédito de índole particular, de puño y letra de don Juan Manuel, ha pasado a mi poder. Estos manuscritos, complemento de otros conocidos, transparentan la dualidad de su conducta, su temperamento morbo, sus ambiciones sin valla. Allí está, con su doble caligrafía, estereotipado en risotadas brutales, burlas feroces, ideas fijas. Percíbense igualmente las voces del mando dictatorial; su concepto del orden y del deber; así, como su nunca desmentida actitud de mandón incontentible.

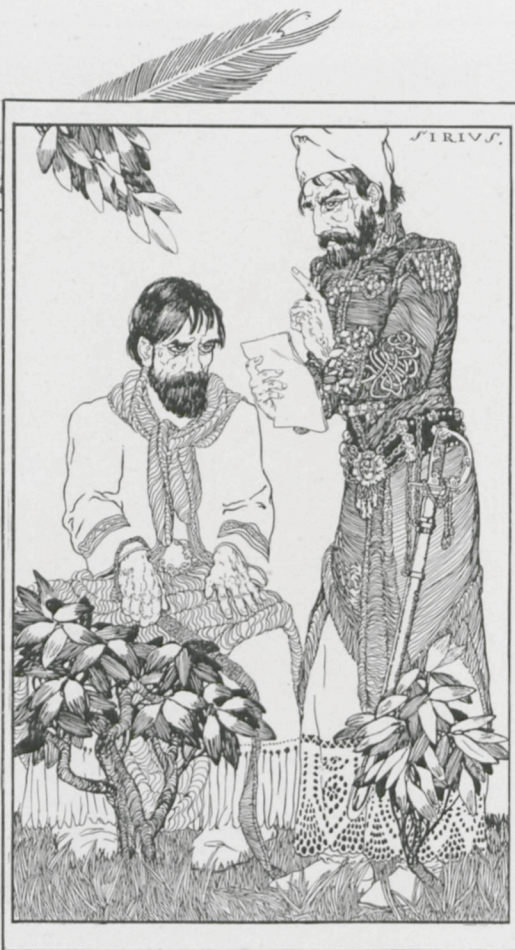
Corría el año de 1827, cuando el doctor López, sucesor de Rivadavia, le agraciara con el título de «Comandante general de las milicias de caballería, en la provincia de Buenos Aires». Fecha en la cual, a poco, Dorrego, el amigo grato, encomendaba a Rosas la preparación de una campaña militar para dilatar la frontera del sud y procurar el fomento de Bahía Blanca.

Un día es enterado Rosas de ciertas irregularidades cometidas en una de sus estancias, sindicándose de principal autor a su analfabeto encargado, don Juan Décima. Una aventura amorosa había sobrepasado los límites de lo privado, alborotando a la justicia del lugar con reclamaciones de vecinos.

En esta ocasión, descúbrese en Rosas fases admirables de simulador, de dios irritado, de artista insuperable. Entonces, como otras veces, asume una actitud de aparente reflexión, de meditación profunda. Tarda en resolverse, y, cuando lo estima oportuno, redacta una carta repleta de sugerentes móviles.

Procura, con ella, alcanzar a la distancia, merced a un curioso procedimiento gráfico, toda la realidad de una presencia misteriosa, mágica pudiera decirse, para descargar sobre el lejano culpable el concono de su pasión, como si concurrese virtualmente al acto, consumado por la transmisión de su pensamiento.

Y dice: «En Buenos Aires, habrá como dos meses, ya supe de ciertos desarreglos que se cometían en esa hacienda y gente al cargo de usted... Había oído como acostumbro, y suspendido mi juicio, hasta que la verdad pudiese darme la luz necesaria para aconsejar a usted y reprenderlo.» Refiere luego cómo interceptó una orden de prisión contra Décima, manifestándole: «en este paso no hice poco sacrificio, porque yo tengo honor y no me gusta degradarme. Quería escribir a usted; pero me contenía el considerar que en esa no había una persona que le leyese la carta: pues yo no tenía la menor confianza de su ayudante, a quien no conozco...» En seguida agrega, con tono melancólico: «en tal estado quise sufrir y esperar la ida de Morillo para darle instrucciones a la vez, a este respecto... Hoy ya no existen estos reparos... y en esa virtud, me he resuelto a escribirle para que la carta ésta le sea a usted leída por Morillo, una, dos y tres veces, encargándole al



mismo Morillo que, a más, aconseje a usted a mi nombre...» Termina el párrafo con esta sentenciosa advertencia: «Empezaré y acabaré en dos palabras; pero lo haré rayando lo que sea, para llamarle más a usted la atención.»

Y aquí se inicia la segunda parte de la reprimenda. Es todo un rasgo de teatralidad. Rosas, se sentiría, sin duda alguna, bien interpretado, al confiar a Morillo la lectura, pues éste debía — según le dictara el maestro — calcular el tono, acentuar las interjecciones y penetrar la frase estileto en lo íntimo del corazón del encargado. De lo contrario no se aventuraría a ello, sin sentir el éxito de su amonestación.

Los detalles que siguen, evidencian la artimaña de sus procedimientos. Ha tomado, como se ve, precauciones en el «prefacio», haciendo constar la imposibilidad de hacer el reprensorio personalmente, a fin de que Décima midiera el alcance de sus expresiones. Sus órdenes en el reglamento de las estancias eran terminantes; se debían cumplir con la precisión y regularidad de leyes naturales. Faltar a sus prescripciones era grave daño y ofensa, sin atenuantes ni perdón en su conciencia estricta. Mareábase así mismo, con palabras altisonantes: «el orden», «la disciplina», «el respeto», «la honradez», «la lealtad», «el bien», «la virtud»; eran otros tantos vocablos de su decálogo.

Rosas, como hábil psicólogo, podía fácilmente confiarse al papel; bastaba a su pluma puntualizar, si menester fuera, el ademán imperioso, solemne e intimidador. Por otra parte, el ensayo verificado en su presencia, había sido satisfactorio para sus triunfos de comediante. Morillo, discípulo aplicado, llenaría con gravedad su misión.

Partió de «San Martín» hacia «Camarones», y allí, leyendo la filípica, prorrumpió por cuenta del remitente: «Señor Juan: Es preciso que sepa usted que yo sé todo cuanto ha ocurrido, desde que se movió usted para afuera hasta fines del mes pasado!»

Detiénese el lector, haciendo breve pausa, pues Rosas fijó allí los puntos capitales de su sistema moral. Luego, prosigue: «Su comportamiento de usted ha sido mala; — le dice — pero ha sido mala principalmente por el mal ejemplo que ha dado a la gente de su cargo, con quienes debía usted darse el lugar de respetabilidad que debe corresponderles a las personas que me representan con el honroso cargo de Ayudantes!»

A renglón seguido, vocifera: «Una comportamiento semejante merecía una reprensión seria y un castigo formal; y usted crea que así obraré si usted no muda de conducta.»

Rosas cree de su deber concretar su pensamiento fijando la esencia de su teoría social. Así le endilga al infeliz: «No piense usted que el mal o el delito está en que usted haya... ¡No señor! porque ya usted sabe que yo en eso no me meto, ni debo meterme

en la vida privada de mis domésticos. El delito consiste en el atentado cometido en esa casa agena dando escándalo notable a todo el mundo, y comprometiendo los respetos de su patrón. En esto es en lo que está el mal y el delito; y luego en lo que sigue a esto, que es el trastorno que sufre el trabajo, desorganización en los peones, etc.; y mucho más si tuvo usted que decirles que callasen todo el hecho. He aquí por donde se subsiguieron desórdenes en el método interior de las cosas a su cargo y aún en las haciendas como no se me oculta, pues estoy bien orientado de todo.»

A esta altura de la epístola, formula Rosas al desnudo su parecer sobre la inmoralidad cometida, que justifica pintorescamente, siempre que: «Usted lo haga de modo que no perjudique la honradez del hombre y los respetos e intereses de la casa, y de su patrón». El plan ideológico es simplista: cuestión de salvar las apariencias. La «honradez» se trueca en un concepto muy elástico.

En sus apreciaciones, encara falsamente otra de las faltas acusadas. «En cuanto al juego — agrega — yo no sé cuál será la razón, para que usted no lo abandone. Usted tiene lo que pide y ya tiene recursos para darse una vida regular. ¿A qué entonces la continuación de tan perverso vicio?» A juicio de Rosas, merecía indulgencia el jugador, si procuraba hacerse de dinero; o sea haciendo del juego un medio de lucha para subsistir. La moraleja es deplorable.

«En fin, concluiré — exclama el ausente censor — diciéndole que si usted a mi lado y del modo que está, no quiere ser hombre, yo no sé cómo podía serlo si yo le falto o lo abandono». Y sin más circunloquio le carga la mano, edificando su sistema de popularidad bajo de una protección paternal y solidaria, llamándole a la realidad de la siguiente manera: «Ya usted tiene edad para meditar que un hombre sin otro no es nadie; y que todo el que piense sobre la nada del hombre, es preciso que conozca que el hombre que no tiene otro hombre a quien ocurrir como a su padre, está expuesto a una multitud de desgracias!» Fué este el criterio firme y pertinaz para manejar más tarde al pueblo. Lo repitió con eufemismo en su proclama congratulatoria del 28 de diciembre de 1829: «VED, MIS AMIGOS, LA EXPRESIÓN DE MIS DESEOS: SER VUESTRO: Y QUE LOS DÍAS DE MI MANDO SEAN PATERNALES». Los psiquiatras han señalado la hipocresía como una característica de los tiranos.

«Yo concluyo ahora — manifiesta al fin — asegurándole que yo no sé lo que no quiero; y que cuando más sé es cuando menos lo manifiesto, para asegurarme mejor en la verdad; y que si quiere merecer la confianza de la casa y no desmerecer la mía, debe cambiar de vida y de comportamiento. Soy su afectísimo patrón, Juan Manuel de Rosas.»

La primera parte de este epílogo, es sibilina, nebulosa: «yo no sé lo que no quiero, y cuando más sé, es cuando menos lo manifiesto». Ved la semblanza de su carácter retraído, de simulador en acecho, de romántico indefinido. Su visión del mundo y de las cosas es vaga, confusa e inconcreta. Y así Rosas, hizo retórica sin quererlo, en esta y muchas otras cartas que guardo, como de inestimable valor histórico.

Su intérprete Morillo, leyó una, dos y tres veces el contenido, al anonadado paisano, en conformidad a la instrucción recibida. El tirano infundió siempre pavor al hombre de corta inteligencia, y le torturaba moralmente como si le propinase azotes. Ciertas frases, suenan como rebencazos.

En su olímpico rol de patrón soberano, coincidente con el comienzo de su carrera política, rasguearía acaso jadeante la pluma, sintiendo los estremecimientos de su indómito carácter, pasional e impulsivo. Más tarde, fué otro individuo, transformado por fría y habitual tarea: dueño de un temperamento impenetrable, de un corazón petrificado, saturado de barbarie y de crueldad.

La corriente impetuosa, arrolladora de obstáculos en la juventud, fué con los años encauzándose. Su natural reservado, voluptuoso de infinitudes, llevaba dentro de su extravío algo de ejemplar y gigantesco. La historia le juzgó, hueco en sus percepciones, no obstante pasara su existencia rellenando sus días siempre fatigosos, con montones de palabras.

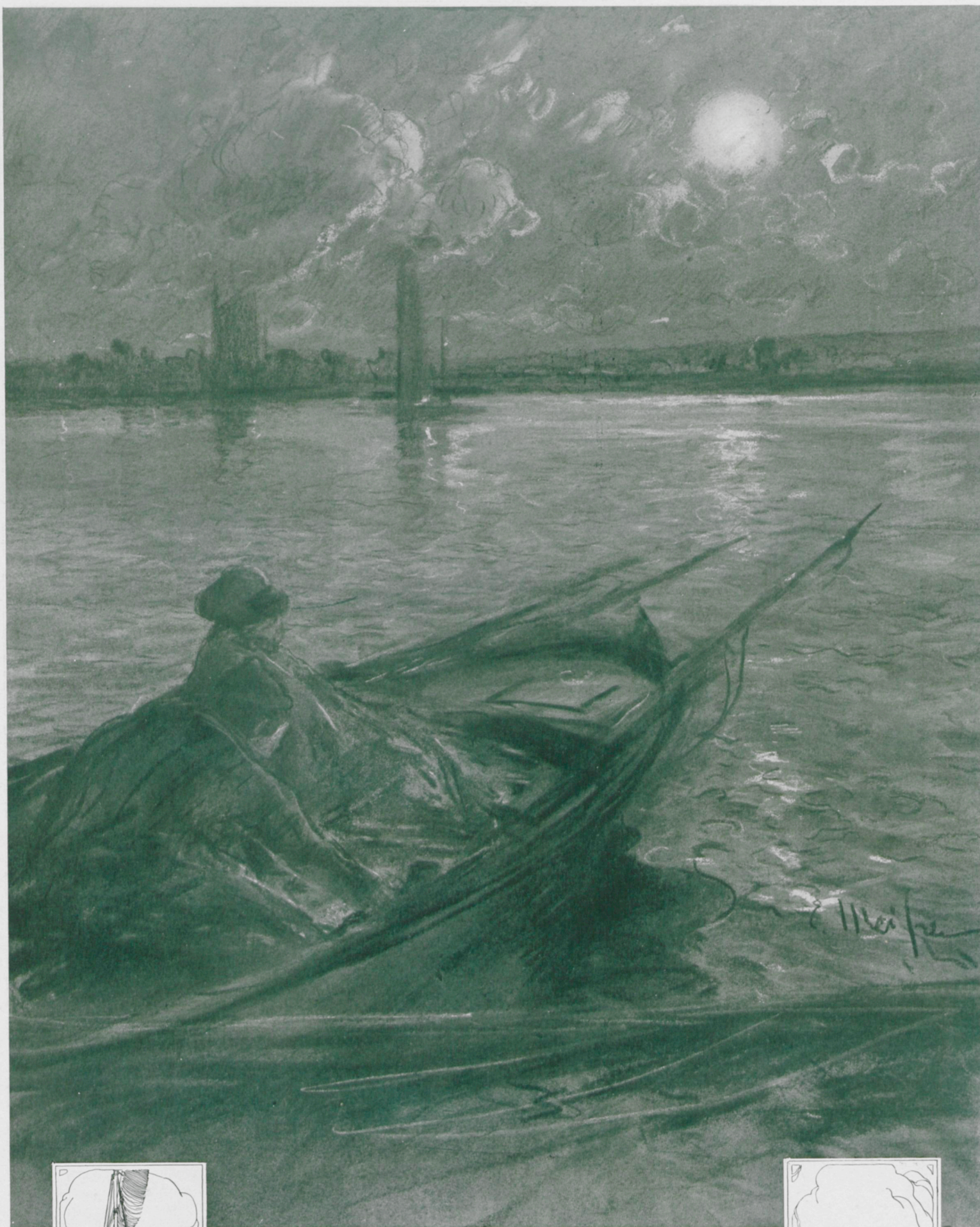
ENRIQUE RUIZ GUIÑAZÚ.

DIBUJO DE SIRIO.



PARA LA VIRGEN

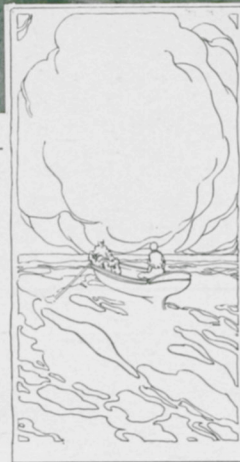
ÓLEO DE ALONSO.



Mar y cielo

Utilizando uno de los procedimientos más rudimentarios del dibujo, el autor nos da en este apunte una bella impresión de naturaleza otoñal. El nocturno, sin perder su poesía evocadora, tiene la húmeda tristeza del mar y el gris encanto de la noche. Hasta la luna, que asoma su disco perfecto entre las nubes algonadas, parece que quisiera armonizar con el paisaje, poniendo en las cosas sus pálidos resplandores de muerte. ¿Quién no siente, al contemplar este apunte, la atracción espiritual que el artista ha reflejado en el sereno ambiente de su obra?

El arte es, sin duda, el mejor conductor de emociones.



Dibujo al carbón, de Meifren.

Tuvo sus palabras con el jefe de máquinas, por no sé qué cuestiones del trabajo, y, como era un roto robusto y nada flojo, resolvió trasladarse a otra oficina. El no era un esclavo ni estaba inválido. ¿Por qué iba a ser el perro de nadie? Tenía sus dos brazos buenos para el trabajo y, en la Pampa, no hay quien se muera de hambre. Así pensaba Hipólito Pizarro, el derripiador, después de la faena diaria, mientras se daba su baño, bajo el chorro de agua salobre de la cañería. Era solo, no tenía más que lo puesto, y se hallaba encallado hasta los topes... ¿A qué dudar más?

Se dirigió a su cuarto, se vistió sus cacharpas domingueras, hizo un lío con la «vicuña» y sus prendas de trabajo y, de tardecita, sin decir a nadie una palabra, abandonó la oficina. Ya ardían en el amplio horizonte las luces de todos los establecimientos salitreros del contorno. Hipólito pensó, con razón, que sería inútil ir a buscar «cabe» en cualquiera de ellos, pues pertenecían todos a la misma compañía y el «boy-cott» era fijo para él. Entonces torció hacia el norte, hacia la Pampa libre, con la esperanza de dar en una oficina extraña, donde ni se le averiguase la procedencia. Llevaba por todo bastimento de viaje una botella de agua, un frasco de coñac, dos sandwiches y un puñado de coca. Cantando a media voz una tonada de sus tierras del sur, tomó resueltamente por las ásperas serranías y bien pronto su silueta se perdió en la creciente sombra de la noche.

Hacia frío, un frío cortante y duro, traído por el viento de la cordillera. El pampino, con un movimiento de los hombros, acondicionó bien el atado que llevaba a cuestas y apuró el paso. Antes de mucho, ya había perdido de vista las luces de las oficinas y no tuvo más guía que la pálida lumbre de las estrellas, tembleteantes en un cielo sin nubes. El alba le sorprendió en plena serranía, sin un camino, sin un sendero por delante; y el sol, que recibió al principio como una caricia reconfortante, empezó luego a hacerse insupportable.

Anduvo, anduvo. No quería tocar su ración de agua, en previsión de la sed que habría de acometerle a las horas de mayor calor. Entonces decidió «cuyucar», es decir, ir echándose a la boca hojas de la popular yerba boliviana. Pronto se produjo la salivación y el roto saboreó con delicia los efectos del anestésico: una fresca característica le inundaba las fauces y le bajaba hasta el estómago: no sentía hambre ni sed. Sólo la reverberación solar ardiente sobre aquel suelo metálico, le quemaba los párpados, obligándole a cerrar los ojos.

Anduvo, anduvo... Sonreía ante los espejismos, habituado a la falacia de ese fenómeno de óptica de los desiertos. Sobre las sierras lejanas dibujábanse extrañas cabalgatas, ejércitos en lucha, trenes en rápida fuga, ciudades mágicas que aparecían para desvanecerse instantáneamente y más cerca, como si fuese apenas a unas cuantas millas, en el confín de la llanura, la feérica visión del lago transparente, bordeado de juncos y surcado de aves acuáticas...

Sonreía el pampino, pensando en los viajeros novatos que se habrían dejado engañar por semejante ilusión. Sonreía, pero no se hallaba capaz de cantar. El viento matinal le zumbaba en los tímpanos despertando en ellos el vago sonido de una banda militar que tocara a la distancia. Siguió andando, hora tras hora, hasta que sintió los primeros mordiscos de la sed. Mezcló en su «tacho» un poco de coñac con agua y se lo echó de un sorbo. Como el atado empezara a pesarle con exceso, se desprendió de él, lo depositó en el suelo y lo convirtió en asiento, más blando y fresco, sin duda, que aquella tierra rípida y calcinada. Entonces sintió como si cayera una lluvia de fuego sobre su cabeza y sus espaldas. Empapó su pañuelo y se cubrió el cráneo. Nada más que soledad y silencio había en torno suyo. Ni una senda, ni una huella, ni el indicio del paso de un hombre o de una bestia: nada más que el paisaje horrendamente seco, la naturaleza mineral, bajo el cielo brutalmente luminoso. Sus músculos, entrenados por la formidable faena de la derripiadura, respondían aún victoriosamente a su voluntad de caminar: sólo los pies, desollados por la marcha, se le iban como entrabando. Anduvo así el día todo, distanciando las ingestiones de

FIRMAS AJENAS
EXTRAVIADO.
Por
VICTOR DOMINGO
SILVA.
DIBUJO DE ALONSO

líquido y de coca, último resto de sus escasos víveres. A la tarde, ya rendido, experimentó secreta alegría al descubrir rastros humanos. Pensó que no debía hallarse muy distante alguna oficina o por lo menos, algún campamento; pero no menor que su alegría fué su amargura cuando pudo cerciorarse de que iba sobre sus propias huellas, de que, después de diez horas de caminar sin tregua, hallábase en el mismo sitio en donde se había detenido a reposar!

No quiso andar más aquella noche, ni tampoco habría podido. Sus zapatos estaban destrozados, y cada pisada equivalía para él a mil aguijones que le clavasen en los pies. Habría jurado que una bandada de moscardones revoloteaba dentro de su cabeza. Para el hambre y la sed creciente no le quedaba más que un dedo de agua con coñac. Tendió la «vicuña», se cubrió con sus cacharpas y de cara al cielo, se puso a dormir. Se durmió como si hubiese estado ebrio, y sólo despertó a la madrugada, agarrotado por el frío. Empezaban a palidecer las estrellas y del lado de la cordillera se insinuaba sobre el horizonte una claridad difusa, que hacía destacarse con serenidad el perfil de las sierras. Hipólito, lleno ya del terrible miedo de los extraviados, tuvo que decidirse a reanudar la marcha. Deshecho su calzado, estaba obligado a optar entre seguir a pie desnudo, o con los gruesos y monstruosos zapatos de derripiador, pesados como grandes zuecos. Tuvo que decidirse por lo último; pero antes de avanzar un kilómetro, le pareció que iba arrastrando grilletas. Debilitado ahora, ya no pudo sonreír ante los espejismos. Le hacían daño, y hubo de marchar con los ojos cerrados...



A mediodía, aplastado por el fuego que le caía a oleadas, agotada ya su ración de agua y de coca, habría deseado tenderse a esperar allí la muerte, que veía ahora como una liberación. Tendió una última mirada circular, y no vió por dondequiera más que la eterna Pampa áspere y rojiza, rodeada de serranías que parecían extenderse hasta lo infinito. El sabía que, en el desierto, caer equivale a morir. ¡Había oído tantos cuentos de extraviados que habían sucumbido por no tener valor de dar unos cuantos pasos más! Y había visto él mismo tantos esqueletos de hombres y de bestias botados a una milla de un centro de población...

Acumuló sus energías y siguió andando. Ya no podía siquiera respirar, porque en sus fauces, so-llamadas por la fiebre, el aire hacía el efecto de un cáustico. Empezó a sentir los primeros síntomas del delirio característico de los sedientos. No sabía ya si soñaba o estaba despierto. Un tropel de imágenes dislocadas y absurdas, de infernales visiones de pesadilla se adueñaban de su cerebro. Vagamente recordó los casos heroicos de viajeros perdidos que llegaron a beberse sus orines o rompieron la cañería del agua potable que atravesaba la Pampa, a medio metro bajo la superficie... De pronto, al dar un paso, sintió un choque brutal en todo el cuerpo y, sin fuerzas para sostenerse, cayó de espaldas y perdió el sentido.

Cuando volvió en sí, un líquido tibio y salado le llenaba la boca. Lo sorbió con fruición. Abrió los ojos y se encontró junto a un poste telefónico, en el cual había tropezado sin saber. Aquel líquido era su propia sangre, que le fluía de la frente y las narices. La desesperación le inspiró entonces una idea salvadora: romper los alambres, cortar la comunicación y quedarse aguardando. Pero, ¿cómo? ¿De dónde sacar fuerzas para treparse al poste? Arriba, bruñidos por el sol, divisaba los alambres que eran su salvación, su vida...

El run-run del poste le recordó el murmullo del agua corriente...

De repente, como si un genio misterioso hubiese llegado a iluminar su imaginación, echó mano a la cintura y sacó su cuchillo. Sin pensar siquiera en enjugarse el rostro o restañarse la sangre, se arrojó junto al poste y comenzó a cavar, febril, violentamente... La tierra ardiente y endurecida le escaldó pronto las manos; pero él siguió como si nada sintiera. Se hubiera dicho que era un perro cazador que acababa de descubrir una madriguera.

Aquello no duró más que unos cuantos minutos. Soltó el roto su cuchillo, y se tumbó sobre el poste que, ya sin apoyo alguno, se vino pesadamente al suelo. Rompió en seguida los alambres, a cuchilladas, y, como si aquel esfuerzo supremo le arrancara el último vestigio de vigor orgánico, volvió a quedar exánime. Aquella escena épica, remota reproducción de las luchas entre el hombre primitivo y los elementos, no había tenido un solo testigo...

Hipólito Pizarro fué conducido al hospital del puerto en calidad de reo. El delito era manifiesto. La cuadrilla de trabajadores de la Empresa de Teléfonos lo había encontrado en el sitio mismo en que lo cometió. Arrastrado a presencia del juez, apenas convaleciente, el bravo pampino lo confesó todo. Estaba dispuesto a sufrir la condena que se le impusiese; pero él estimaba que todo hombre puesto en su caso tenía derecho a proceder en igual forma...

—Yo no quisiera ver a S. S. en el percance que a mí me llevó la fatalidad—dijo dirigiéndose al juez.—Pero me parece que S. S. no se dejaría morir por no echar un poste abajo o no romper un alambre...

La historia interesó a la prensa local, y se publicó con lujo de detalles. Hubo sensación. Intervinieron algunos médicos. Un joven abogado, ávido de acreditarse, tomó la defensa del reo, y la justicia, en primera y segunda instancia, lo absolvió. Al salir Hipólito de la cárcel, un periodista se acercó a él y le preguntó:

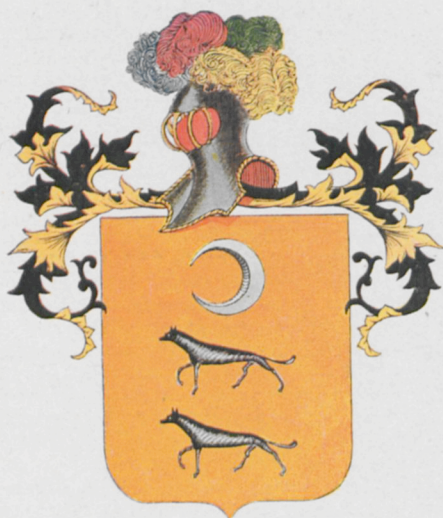
—Y ahora, hombre, ¿qué vas a hacer? ¿A dónde te vas a ir?

Y el roto, con una sonrisa fatalista de hombre que ha aceptado valientemente su lote en esta vida de miserias, le respondió:

—¿Y a dónde he de ir, patrón? A la Pampa...

HERALDICA ARGENTINA

APELLIDOS ILUSTRES



SARAZA

meras nupcias con don Casimiro de Necochea, padres de los generales de la Independencia, don Mariano y don Eugenio de Necochea y Saraza.

Por segunda vez casó con el Virrey don Joaquín del Pino y Rozas, teniendo por hijo a don Juan del Pino y Saraza.

De este apellido descienden los Sáenz, Cortina, García, Atucha, Gramajo, etc.

Blasón: En campo de oro dos lobos andantes (sable) y una media luna en el jefe.

DIAGO. Don Miguel de Salazar, Cronista del rey don Felipe IV de Austria, en el folio 200 de sus Minutas originales, dice: que de este apellido existen tres casas solariegas situadas en las Villas de Chelva, Alpuente y Vivel. Algunos descendientes de la familia originaria de Diago se extendieron por distintos puntos de la península, con especialidad en las provincias de Castilla y Valencia. En la población de Baltanaz, correspondiente a la última de las antedichas provincias, se estableció una rama de la misma familia, siendo tronco del linaje don Francisco Diago, que casó con doña María Aguado, en el siglo XVII.

De don Antonio Diago, hijo de los anteriores, y de su esposa doña María Sanz, nació don Manuel Diago, que contrajo enlace con doña Teresa de Aguado y Picado, siendo padres de don Manuel Diago Aguado y Sanz, que se dedicó a la carrera de las armas, trasladándose a América, donde fué Capitán de Voluntarios en el Batallón de Infantería de Milicias, de la Plaza fuerte de Montevideo.

La Compañía que mandaba don Manuel Diago era costeadada de su peculio particular, prestando valiosos servicios en los distintos hechos que tomó parte.

Casó en la ciudad de Montevideo con doña Teresa Pérez, de quienes descienden las conocidas familias de Salvañach-Diago y de García de Zúñiga, de dicha ciudad, y la de Fraguero-Salvañach, ligada a las de Lawson, Escalada, Olivera y Posse, de Buenos Aires.

Descendiente directo de la familia originaria de esta casa, fué don Manuel Maté Diago,

Contador de Navío de la Real Armada en el Departamento del Ferrol (siglo XVIII), que murió en la Habana, siendo el progenitor de los Condes de Diago, residentes en dicha isla.

La casa Diago de Baltanaz usa escudo cortado: 1.º un grifo de plata en campo de azur. 2.º cinco paneles gules puestas en sotuer, en campo de oro.

CARABASSA. Originarios del Condado de Barcelona, en cuya capital nació don Antonio Pi de Carabassa, militar distinguido y político de relevantes méritos. En las guerras contra Napoleón se batió gloriosamente, siendo hecho prisionero y conducido a Angoulême, donde recobró más tarde la libertad. Sirvió a su patria como Cónsul General en Portugal, falleciendo en Londres el año 1837.

En 1802, S. S. el Papa Pío VII le hizo merced de título pontificio con la denominación de Conde Palatino y estaba condecorado con las insignias de la Flor de Lis de Francia, Caballero del Collar y Espuela de Oro y con la Cruz de la Orden Americana de Isabel la Católica.

Tuvo por hijo a don José de Carabassa, que nació en Bilbao el 13 de marzo de 1831; vino a Buenos Aires

en 1850, donde casó con doña Felisa de Ocampo, hija de don Bernabé de Ocampo, Fundador y Presidente varias veces del Club del Progreso, el más aristocrático de la ciudad.

Don José de Carabassa fundó el Banco Carabassa y Compañía, donde, durante más de veinte años, estuvieron depositadas las fortunas de la República entera. Gozó del respeto social y fué un consejero en materia de finanzas públicas. Estaba condecorado con la gran cruz de Isabel la Católica.

Este apellido se vinculó a las familias de Ocampo, Ruiz-Guiñazú, Pando, Moreno, Coñi, del Carril, etc.

Armas: En campo de plata una muralla de gules con torres y almenas mazonadas de plata. En punta una moneda de oro, y sobre el yelmo adornado de lambrequines uniformes a los esmaltes de su blasón, una muralla por cimera, semejante a la que figura en el escudo.

ROBALLOS. Rubayo es un lugar de la Provincia de Santander, Partido judicial de Entrambasaguas; en él hay un edificio antiguo, la Torre de Rubayo, de donde tomaron el apellido.

El Nobiliario manuscrito del Ldo. Albornoz, folio 86, dice que los de Rubayos son buenos hijos-dalgo naturales de las Montañas de Burgos y Asturias de Santillana, con casa-solar antigua en la Merindad de Trasmiera.

Una rama de este linaje se estableció en San Lucar la Mayor, donde nació don Alonso Robayo y Mascias, que contrajo matrimonio en diciembre de 1712 con doña Juana de Ayala y Figueroa, teniendo por hijo a don Santiago Lorenzo Robayo de Ayala, bautizado en la parroquia de San Lucar el 10 de agosto de 1736. Casó con doña María de la O León de Santiago, en San Lucar de Barrameda, el 8 de octubre de 1759. Fueron padres de don Nicolás Robayo León de Santiago, nacido el 6 de diciembre de 1761; contrajo enlace en la Colonia del Sacramento de Buenos Aires, el 20 de marzo de 1790 (Libro 1.º de matrimonios, folio 36 v.) con doña Manuela Vallejos de Ossuna, natural del Partido de Colla.

En la partida de casamiento se le apellida Roballos. Tuvieron, entre otros hijos, a don Ignacio Roballos, natural de Montevideo, y desposado en la iglesia de la Piedad de Buenos Aires, el 14 de julio de 1836, con doña Cirila Suárez de la Casa, de ilustre abolengo. De este matrimonio descienden las familias de Fernández-Blanco, Reyna, Acuña, Guevara, Giraldo, etc.

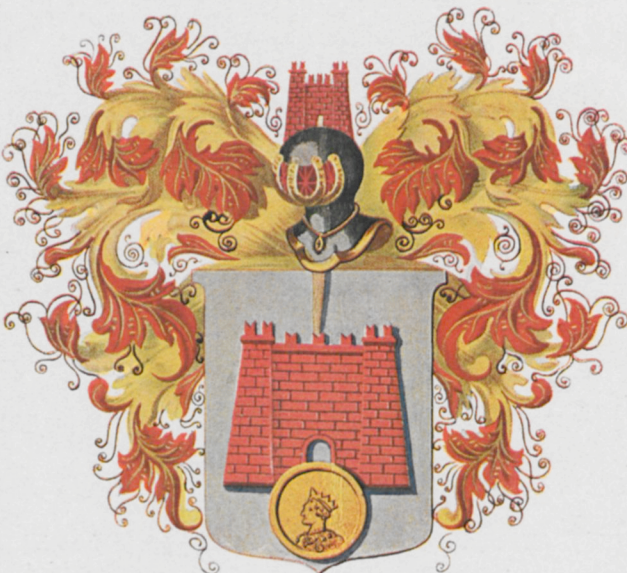
Escudo cuartelado: 1.º y 4.º de azur y un lucero de oro de ocho rayos. 2.º y 3.º de oro y un lobo andante, sable.

MANTILLA. Procedentes de la Villa de Reynosa, Provincia de Santander y parroquia del lugar de Soto, en cuyos padrones figuran como hijos-dalgo notorios, de sangre, de Casa y Solar conocido.

El caballero hijo-dalgo don Juan Antonio Mantilla de los Ríos y Mier, de su matrimonio con doña Margarita Mantilla tuvo varios hijos, siendo el cuarto de ellos don Diego Mantilla de los Ríos, que nació en el lugar de Soto, el 28 de marzo de 1719. Fué Cadete del Regimiento de Milicias Nobles de Santander, Alcalde de la América, Sargento Mayor de la ciudad de La Plata, y



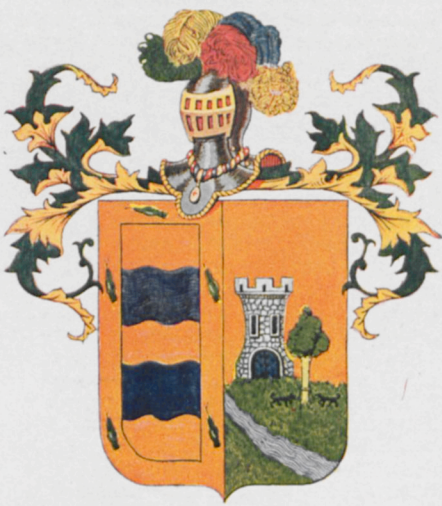
DIAGO



CARABASSA



ROBALLOS



MANTILLA

JOSÉ M. PÉREZ-VALIENTE.

DIBUJOS DEL MISMO



MRS. GEORGIE WASHINGTON BLACKWOOD CAPERTON.

Páginas Femeninas

Los merecidos agasajos que el ilustre jefe de la escuadra norteamericana recibió en nuestra hospitalaria ciudad, han tenido repercusión en dos hermosos corazones de mujer: la esposa del marino, Mrs. Georgie Washington Blackwood Caperton y su hija, Miss Marguerite Caperton.

Descendiente del héroe que diera libertad a su patria, Mrs. Georgie Washington, es una dama orgullo de la alta sociedad de la gran República, así como Miss Caperton.

«Páginas Femeninas», les envía un respetuoso y cordial saludo, en nombre de las damas porteñas.



MISS MARGUERITE CAPERTON.

Crónica

La elegante carpeta de *chagrin* casi negro, con cierre y diminuta llave de plata de *chez Mappin*, — me permito describirla, puesto que es valioso obsequio de un amigo desconocido... de un amigo que quiso agradecer algunas de las apreciaciones de La Dama Duende y obligarla a pensar en él más de lo necesario, y lo consiguió; puesto que al llegar a mi poder, después de algunas vacilaciones por el camino, hube de darle el cargo de discreta mensajera entre la mesa de mi Director y la mía, — en sus profundos bolsillos llegan hasta mí las cartas que se me dirigen a la redacción: elogios, impertinencias, renglones que no pueden serme indiferentes y que cimentan sólidas vinculaciones del espíritu, que no llegarán a conocer el desencanto, puesto que he de mantener rigurosamente el incógnito que me vale tan preciadas amistades... como la del que supo elegir para mí la carpeta de *chagrin* cuya diminuta llave guarda de toda investigación los sugestivos renglones que me hacen participar de ajenas preocupaciones.

Asoma, en primer término, el membrete de PLUS ULTRA. ¿Qué querrá mi Director? *A tout seigneur, tout honneur*... y le doy la preferencia, descifrando penosamente sus garabatos:

«Amiga mía, necesito algo, y muy a prisa, sobre la clausura del Colón.»

Nada más... no cabe lugar a réplica; ¡si hemos hablado tanto del Colón! Imagino que mi Director desea un balance social de la temporada, y, en ese caso, no ha de faltarnos tema, sin recurrir a lo de «que ya no es la sala de otros tiempos... la marea sube y lo invade todo».

Sin embargo, es muy difícil prescindir de tales apreciaciones, sobre todo después de asistir a una *matinée* de abono en nuestro primer teatro; quise conocer el ambiente, y creí hallarme en cualquiera ciudad del globo, menos en nuestra Buenos Aires; no conseguí cambiar un saludo con nadie, y hay que convenir en que es muy poco grato el presenciar a solas, en medio de la multitud, cualquier espectáculo, por interesante que sea... Tal vez se les ocurra a ustedes juzgarme con la misma crueldad con que lo hacían algunos «snobs» con un honorabilísimo comerciante, dueño de una de las confiterías más concurridas del «faubourg» del Norte, y que les confiaba amistosamente que había cambiado el turno de su butaca de abono, porque no reconocía a nadie en la sala... Para disfrutar a gusto de las inmortales melodías, necesitaba verse rodeado de su aristocrática clientela: cuestión de ambiente...

Esa es la razón de que busquemos con tanto afán, en el suntuoso conjunto, aquellas fisonomías que nos parece realzan más que ninguna con su presencia todo acontecimiento de nuestra vida mundana...

Si me fuera permitido reflejar algunas de nuestras impresiones de arte, durante el transcurso de la temporada, habría que confesar que no estamos muy satisfechas del repertorio... dicho sea con perdón de las autoridades de la crítica; no creo que las sombras de los Lulli, Cimarosa, Gluck, o Paisiello, hayan sido atraídas por las sapientísimas armonías de algunas de las novedades del año; quizá sólo el autor de «Il Califa di Bagdad» (1) haya creído despertar de un prolongado sueño, tan largo como el del monje de la leyenda, al escuchar las seductoras armonías de la Fábula de «Marouf, Savetier du Caire»; han transcurrido cien años, desde que se pusiera en escena aquel fragmento de las Mil y Una Noches, y a

pesar de todas las evoluciones, perdura siempre sobre nuestra imaginación el poderoso encanto de las narraciones de Oriente... Pasarán las generaciones, y los maestros como García y Rabaud han de seguir escuchando el entusiasta aplauso de manos delicadas; cien años atrás, el de las románticas y lánguidas espectadoras de «Les Italiens», en París; hoy, el de las incommovibles, glaciales espectadoras de nuestro Colón...

Poco feliz fué el último estreno de la temporada. La luminosa figura de Manuelita Rosas, la porteña angelical, esperanza suprema de los que vivieron en la época sin nuestra de la tiranía, merece todos los respetos musicales y poéticos. Su bondad in-

gotable, su sensibilidad exquisita, irradiaron en medio de tan densas sombras, el sereno fulgor con que quiso probarnos la divina misericordia, que habría de perdurar entre nosotros, a pesar de aquella crisis intensamente trágica, el admirable espíritu de las mujeres de nuestra raza...

Si volvemos nuestra atención al espectáculo que nos ofrece la sala, una de las más hermosas del mundo, iremos anotando a favor de nuestro balance bellísimas mujeres, soberbias joyas... mucha elegancia, pero tal vez un concepto algo exagerado de lo que debe ser el atavío de *soirée*: más telas, y menos *tules*, decía a mi lado cierta noche una matrona porteña, muy maligna, que no

recordaba seguramente, una artística pero muy indiscreta miniatura de su juventud...

Era una de las funciones de despedida; las hay ahora, para cada turno; y nos entreteníamos ambas en admirar el cuadro... Mi compañera examinaba detalladamente como experto mercader hebreo, las diademas y sautoirs; de pronto se detuvo a contemplar largamente la irreprochable elegancia de una interesante dama, figura prestigiosa de nuestro gran mundo, por su actuación social y su cuantiosa fortuna.

«¿Qué bien visté! y está, sin embargo, sencillísima, — dijo mi implacable compañera; — la verdad, que con tan linda figura todo va bien... ¿no le parece?»

En este momento estamos tan lejos una de otra — repliqué. — Usted admira su atavío, y yo la estoy mirando *por dentro*; si a todas las espectadoras de esta noche pudiéramos verlas como la veo a ella, en este instante, habría en esta sala más luz y más calor... Y no me mire usted con esos ojos... Al contemplar a la elegante y opulenta viuda, he de recordar siempre un *gesto* suyo, espontáneo, encantador, y tan poco común entre nosotras, esclavas siempre del qué dirán...

Por casualidad entré, ayer tarde, a tomar el té en la confitería del Gas, y como estaba sola me entretenía en observar el público que entraba y salía... Vistiendo amplio abrigo que disimulaba su traje de *apré-midi*, y su célebre sautoir de perlas, aprisionada su rubia cabellera por un pequeño sombrero empenachado de plumas, la vi entrar con una amiga y con una muñeca *adrajosa*, de las que están contemplando las vidrieras con ojos desmesuradamente abiertos... Con cariñosa suavidad, instaló a su rubia y misera invitada, que se regaló con una merienda que debió parecerle el más hermoso sueño de su vida...

Siempre he de verla así... no era el hecho material de dar de comer a una mendiga; era el dar un instante de ilusión a una alma de niña... Si ese gesto tuviera muchas imitadoras, no habrían de agriarse, a fuerza de amargura, tantos tiernos corazones...

¿Qué lejos estamos del Colón, señor Director! pero mi balance ha de encerrar de todo un poco, y si poco hemos hablado de esas noches memorables, convengamos en que las ha echado algo en olvido el comentario, porque le dió nuevo y amplio tema, que bordar, el sonado baile celebrado en el Foyer.

Tarea extraordinaria, afanes de todas clases, impertinencias... ¡hasta por teléfono! Todo eso debió soportar la Comisión organizadora; no se compenetraron muchas damas, que no era ocasión oportuna para hacer política internacional; era sólo el caso de ofrecer una hermosa fiesta a los representantes de una nación americana...

¿Qué sucedió en verdad? Las versiones abundan, y cada cual las interpreta a su antojo; cuánta transcendencia puede tener el tachar sin una *raya negra* (ese color constituye ahora la más terrible de las amenazas) el nombre de una personalidad femenina! ¿Había sido consultada? ¿Respondió a tiempo? ¿Se prescindió de su consentimiento? ¿Cedió al impulso de una arraigada convicción política?

El hecho es, que se cita hasta el nombre de un tiránico Directorio extranjero, que hubo de imponer su voluntad, hasta producir un tristísimo incidente...

Lección muy dolorosa, por cierto, que ha venido a demostrarnos, señoras y amigas mías, que nuestra misión debe ser toda de paz y de armonía...

LA DAMA DUENDE.



EL ROMANCE DE LOS OJOS

POR BEATRIZ EGUÍA MUÑOZ CABRERA

Por tus grandes ojos, por tus ojos alargados,
Sabidamente humedecidos, y picaresca entornados.
Por tus ojos, tanto tristes, y abrumados;
Por tus locas obsesiones, por el raro claroscuro
De tus grandes ojos claros.

Yo no sé si son azules, si son verdes, o son pardos.

Si les hablo de dolores, de un amor nunca encontrado...
Son oscuros, muy oscuros, son los grandes ojos pardos;
Si les hablo de caricias, de ternuras y de halagos,
Si los miro muy de cerca... muy de cerca, preguntando
Si me quieres... se sonríen deliciosamente largos...
Se hacen verdes... inquietantes cual las aguas de los lagos...

Yo no sé el color, amada, de tus ojos adorados...

Si les hablo de purezas y de nardos y jazmines,
Si recuerdo la muñeca, que ayer tarde has olvidado,
Se hacen claros... infantiles... se hacen claros,
Se me fingen muy azules... como cielos de verano.

Yo no sé el color, amada, de tus ojos adorados.
Yo no sé si son azules... si son verdes... o son pardos.

Julio 25 de 1917.

(1) García — estrenó en Les Italiens, su cuento oriental, en el año 1817

A Páginas Femeninas de PLVS VLTRA, cabe la honra de contar entre sus colaboradoras a Angélica Palma, distinguida literata peruana, hija del ilustre autor de *Las Tradiciones*, don Ricardo Palma; y a esta Dirección ha concedido ella la distinción de revelar su incógnito, puesto que en su misma patria pocos son los que han llegado a sospechar que bajo el difundido seudónimo de *La Mariela Limeña*, se oculta modestamente una de las personalidades más inteligentes y cultas de aquella sociedad.



VELADAS D'ANTANO

Asegura la voz popular que son los duendes unos geniecillos enredadores y traviesos, que se filtran por la más pequeña rendija, se guarecen en cualquier olvidado rincón, atisban lo escondido, husmean lo ignorado, sin que nada escape a su curiosidad burlona y porfiada. Corroborando esta fama de los tales granujas extraterrenos, relatan las viejas de mi tierra, muy convencidas, la siguiente conseja:

Hallábase una familia tan desesperada con los malos ratos causados por las fechorías de cierto trasto malévolo, habitante oculto de la mansión ocupada por ella, que resolvió cambiar de morada, como único medio de substraerse a la pícara persecución. Con gran sigilo, recatándose cuidadosamente de vecinos y conocidos, realizaron las víctimas del duendecillo los mil preparativos necesarios a la ejecución de su proyecto, y un buen día, casi al amanecer, detuvieron ante la temida mansión dos carrozmatos de mudanza. Con vertiginosa rapidez, los cargaron de muebles y cachivaches, azuzaron los carreteros a las tardas mulas, y, al dar el ama de llaves el último vistazo a la casa vacía, descubrió, única prenda rezagada, un cestillo de costura sobre el alféizar de una ventana;



DOR FUERA Y DOR DENTRO

En la pequeña sala, casi aislada del bullicio de la fiesta, flota ese ambiente de sugestión y de misterio inquietante que tienen las cosas inanimadas, que parecen soñar en el silencio y que hablan al espíritu de emociones imprecisas y conturbadoras, en su lenguaje, sin palabras.

Todo es armonía y delicadeza en el conjunto: la música lejana que llega con suavidades de penumbra; las telas antiguas que adornan las paredes, evocando escenas de amor y de galantería; las lámparas veladas



CRUZ ROJA

Una distinguida dama de nuestra sociedad, de reconocida inteligencia, es autora del interesante y vastísimo proyecto sobre la Cruz Roja.

Viuda de un eminente jefe de nuestra armada, une a las dotes intelectuales una modestia que nos obliga a callar su nombre...

Sin embargo, enterada de su proyecto, cuya trascendental importancia no puede ocultarse a ninguna argentina, cúmplase revelar a las lectoras de esta «Página Femenina» esta iniciativa que debiera ser en breve una hermosa realidad.

echóle mano prontamente, y, sorprendida de no hallarle tan liviano como de ordinario, iba a investigar la causa de aquel insólito aumento de peso, cuando, escapándose como un soplo por entre los mimbres de la canasta, hízola soltar ésta y emprender precipitada fuga la vocecita bien conocida del huésped tenaz, que interrogaba, con sorna meliflua: — ¿No nos vamos a mudar?

Si a tanto alcanza el capricho de un duende, sólo por serlo, qué no logrará cuando a esta condición agrega la de dama, ya que, según el galante proverbio francés, *ce que la femme veut, Dieu le veut*? No es de extrañar, por tanto, que la gentil *Dama Duende*, cuyas crónicas son una nota encantadora en las más leídas revistas bonaerenses, tal vez por hacer gala de las artes misteriosas que la permiten conocer hasta lo más trivial e insignificante, se dé por enterada de la existencia de mi humilde persona en esta ciudad ex virreinal, y hasta juitada de mil de la empecatada afición a ennegrecer cuartillas, apenas por los míos sospechada; y, como corolario de la posesión de tales datos, muy finamente me pida algo para PLVS VLTRA, la espléndida publicación de la metrópoli del Plata.

Intimamente halagada por la valiosa merced obtenida por privilegio de cuna, y a la que, por iniciativa propia no osaría aspirar, interrogo sobre la forma de llenar tan honroso compromiso, e instantáneamente surge en mi espíritu, imponiéndose al recuerdo cariñoso de argentinas y peruanas, el nombre preclaro de Juana Manuela Gorriti.

No pretendo juzgar la valiosa y extensa labor literaria de la insigne escritora, ya bastante estudiada por prestigiosas plumas, ni repetir los apuntes biográficos que nos cuentan, en resumen, que doña Juana Manuela nació en Salta en 1818, que fué hija de un prócer de la Independencia, que se casó muy joven con el capitán Belzu, después general y presidente de Bolivia, que la armonía conyugal duró poco y ella vivió en Lima de su trabajo literario y pedagógico, y que, ya anciana, se estableció en Buenos Aires, donde murió en 1892. De nada de esto he de

que envuelven con su caricia de luz, y las flores elegidas que llenan los esbeltos jarrones de cristal de Venecia.

Ella: tiene esa elegancia frágil de los seres selectos. Es blanca, rubia y suave. Está en su primer baile, al que ha traído todos los entusiasmos de su alma hecha de emociones y de ensueños. En toda su belleza, resplandece la vibración oculta que se trasluce en cada detalle: en el fulgor de los ojos, de transparencias opalinas, alegres y cambiantes, en la elocuencia de los labios que se entreabren, ligeramente temblorosos, y en el continuo movimiento de las manos nerviosas y aristocráticas, que parecen aletear como pájaros inquietos. Paladea, de antemano, con sonrisa de deleite, el momento, largamente esperado, en que van a cantar a su oído, por primera vez, el eterno madrigal de amor y de poesía que se le antoja música divina. Y se pierde en el oculto laberinto de su pensamiento...

El: alto, fuerte, moreno, genuinamente criollo, clubman distinguido, ha tenido mu-

chos dueños y muchas conquistas amorosas, de las que conserva un recuerdo alegre que lo hace prorrumpir en carcajadas sonoras, como cuando piensa en sus triunfos deportivos.

Ella, insinuante y coqueta, ocultando a medias, con su abanico de plumas, el rostro de muñeca: — ¿Qué opina usted del amor? El, visiblemente sorprendido: — ¿El amor?... ¡Poh!... ¡Quién piensa en eso! El amor, amiga mía, es un sentimiento que ha pasado de moda; una sugestión de los espíritus débiles, como las creencias religiosas. La mujer — y esto va en tono de confidencia — jamás debe tomarse en serio; es un objeto de arte, si se quiere, que distrae; pero que no interesa. Todas son iguales: frívolas y huecas; nada quieren, de verdad, en nada piensan. ¡Suerte que a mí no me molestan el corazón ni me preocupan los problemas sentimentales! Yo... ¿querer a una mujer?... ¡Dios me libre! Estoy seguro que sufriría más si se le lastimara la

ocuparme; quiero hablar tan sólo de algo que, en su época, tuvo verdadera importancia social e intelectual, que en la Argentina estará casi olvidado, que aun en Lima, su teatro, es desconocido para la actual generación y que yo conozco íntimamente, sino como testigo presencial, pues por aquellos tiempos todavía no había venido al mundo, por frecuentes y minuciosos relatos familiares; me refiero a las famosas veladas de la señora Gorriti.

Era en 1876. Doña Juana Manuela vivía en la calle que está al costado del monasterio de Jesús María, en una casa antigua y espaciosa de la que ella ocupaba el departamento de reja, formado, además del comedor y los cuartos interiores, por un gabinete donde recibía lecciones un escogido grupo de niñas (de las que, si mis datos no son erróneos, reside actualmente en la Argentina una distinguida dama cuyo esposo ha desempeñado, hasta hace poco, cargo oficial de nuestro gobierno), y una espaciosa sala, con ventana ancha y baja, defendida por barrotes de hierro y tupida rejilla, de la curiosidad callejera. Realizábase las veladas en el gabinete, del cual previamente se retiraban bancas y carpetas, y en la sala, que yo me imagino con alfombra floreada, sofás y sillones de medallón, un par de consolas ornadas de búcaros con rosas y margaritas fragantes y coronadas por sendos espejos de marcos dorados, al centro una mesa de mármol de tablero e historiadas patas rodeada de ligeras sillas con asiento de esterilla y espaldar enconchado, de las que se apoderaban los caballeros para colocarlas en el estrado junto a la amiga predilecta, e iluminado todo por las lenguas de gas que se escapaban de las seis u ocho bombas de la araña de cristal cuyos colgantes prismáticos tintineaban al rodar bullanguero de algún carruaje en la calzada.

Para el éxito de sus fiestas no necesitó doña Juana Manuela alojamiento suntuoso, buffet opíparo ni criados de frac; bastaronle el prestigio de su talento, los dones de su espíritu y su gracia hospitalaria de gran señora para reunir en su hogar modesto a los

Elementos más valiosos de Lima y a los viajeros ilustres que la visitaban. No habrá olvidado el venerable literato don Pastor Obligado la velada artístico-literaria con que se le agasajó en agosto de 1876 y que resultó tan lucida como la que, un año después, se ofreció en homenaje de bienvenida al insigne satírico español don Juan Martínez Villergas. ¡Amables veladas de los tiempos idos en las que se recitaba y se discutía, se leía y se cantaba, se organizaban concursos, se descifraban charadas, y, por supuesto, se *flirteaba*!...

No; este moderno extranjerismo suena a anacrónico y profanador; para no desentonar diré, en castellano y en limeño, que dando color y perfume a tan gratas fiestas, florecían en ellas coqueterías y dis-

fuerzos.

El hijo de la señora Gorriti, don Julio Sandoval, quiso perpetuar el recuerdo de las veladas dándole la vida del libro; desgraciadamente, su lamentado y prematuro fin impidió la realización de tan bello propósito y sólo llegó a publicarse un tomo, precedido de un prólogo de don Pastor Obligado y de una carta del autor de las *Tradiciones Peruanas*, íntimo amigo de la Gorriti desde los tiempos en que él era estudiante y ella, en plena lucha, alborotaba la mogigatería ambiente con la aparición, en el folletín de *El Comercio*, de su preciosa novela *La Quena*.

Todos los concurrentes a las veladas, aun los vivos, pertenecen ya al pasado; los unos, en cumplimiento de esa ley severa que regele pronto al olvido a las mediocridades; los otros, por la misma fuerza del genio que les hace del tiempo un pedestal. A estos últimos, a los escogidos, pertenece la eminente escritora cuya labor y cuyo nombre serán siempre timbre de orgullo para la patria argentina que la vio nacer, para la peruana, a la que tanto amó, y para las mujeres hispano-americanas, de quienes fué altísimo exponente por el vigor de la inteligencia, la nobleza del carácter y la bondad del corazón, doña Juana Manuela Gorriti.

ANGÉLICA PALMA.
Junio, de 1917.

pata a mi caballo de carrera, que si se enfermase mi novia.

Ella: — ¡...! — Y levantándose, con una sonri-
sa herida en los labios: — ¿No quiere que vayamos al comedor?... Esta sala se ha quedado muy sola... Y allá parece que hay mucha alegría...

El, como ante un contratiempo:
— Bueno.

Ella, haciendo orgullo de su decepción:
— Gracias...

absoluta, mejore la condición de la mujer, ni remedie la desgracia de un hogar mal constituido.

Por otra parte, el objeto de la ley debe ser resolver el problema social y no crearlo; la ley de divorcio absoluto sería entre nosotros, cuando menos, prematura.

JULIETA M. DE PUEYREDÓN.

¡El divorcio! Hace algún tiempo se me hizo el honor de pedir mi modesta opinión sobre el divorcio; contesté, manifestándome opuesta a él, sin restricciones; han pasado los años, la vida con sus lecciones ha modificado mi opinión, y me ha convencido que el absolutismo encamina al error; he evolucionado (esto es muy moderno) y hoy creo que el divorcio es una necesidad dolorosa, pero una necesidad de los tiempos actuales; leyes restrictivas y jueces que procedan como tales, serán una liberación para tantos hogares que gimen con el grillete indisoluble que cierra por completo la esperanza a que todo ser humano tiene derecho en este mundo. El divorcio será el refugio de los que busquen su amparo; los demás quedan libres de no acogerse a él, si sus creencias se oponen a ello.

CAROLINA L. DE ARGERICH.

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

Respuesta: — No creo que la separación

ENCUESTA

— ¿Debe la mujer aceptar el divorcio absoluto? ¿Qué ventajas o perjuicios puede acarrearle esta nueva ley?

ENRIQUE Frexas ha sido el crítico lírico y dramático de más autoridad en nuestro medio intelectual. Su erudición, su sentimiento artístico, su certeza de criterio, su ecuanimidad, su estilo literario, su perseverancia incommovible en los propios puntos de vista, prestaban a sus opiniones un valimiento incontrastable. Para probarlo, bastará recordar el caso de aquella comedia de Benavente volteada del cartel por un solo artículo suyo al día siguiente de la primera representación. En vano se intentó después levantarla y restituirla al escenario. Fué inútil. La maltrecha pieza no volvería más a las tablas mientras él viviera.

Frexas era un erudito. Conocía a fondo el teatro clásico y moderno: dominaba la historia, la estética, hasta la técnica de la música, y demostró siempre a su respecto un agudo concepto filosófico. Así como entre la *selvaggia ed aspra e forte* de la lírica contemporánea, encontraba fácilmente el hilo conductor que nos revelara el origen de tal melodía de Puccini en cual oratorio de Haydn, así también érale sencillo determinar el lazo de unión entre el actual drama de tesis y la remota tragedia primitiva. Sabía. El conocimiento de la materia se aunaba en sus escritos a la sinceridad.

De ahí el peso y la solidez de sus dictámenes.

Frexas era un artista. Poseía una sensibilidad delicada para la belleza. Su alma vibraba intensamente ante las más puras manifestaciones del sentimiento; por eso fué poeta y músico: amaba la armonía, por eso fué estilista.

Frexas era un crítico certero. Sus juicios perspicaces condensaban en cuatro rasgos precisos toda una impresión. Sin amplificar el relato, sin extraviarse en argumentaciones retorcidas, sin confundir lo accesorio con lo principal, hallaba medio de referir en un párrafo el argumento de un drama. Con singular habilidad narrativa hacía resaltar a la pasada los pasajes pertinentes a sus conclusiones críticas, asestandoles al mismo tiempo dos o tres razonamientos fundamentales que resumían su veredicto. Y en un suelto, nunca mayor de media columna, contaba la fábula, señalaba detalles, consideraba el fondo, apreciaba la interpretación e intercalaba a veces comentarios oportunos de diversa índole. El efecto de tales artículos, hechos de síntesis, de claridad, de precisión, resultaba casi siempre decisivo.

Frexas era ecuaníme. No había en él ni las fogosidades combativas de la juventud, ni las obsesiones irritadas del sectarismo, ni las suficiencias insostenibles de la pedantería. Su ancianidad tranquila tenía un credo estético y según su credo estético juzgaba invariablemente. Pero juzgaba con templanza, con benevolencia, con serenidad. No volvía jamás sobre lo dicho; no discutía sus ideas, no refutaba las ajenas. Dictaminaba. Y como el hombre justo del Evangelio, cuando había obrado conforme a los preceptos de su decálogo, nada podía ya turbar la paz de su conciencia.

Frexas era un estilista. Un estilista intuitivo e improvisador, de acuerdo con su oficio; un estilista espontáneo, cuyas frases, escritas a la carrera, no tenían tiempo para sufrir pulimentos ni retoques en el papel, pero que elaboradas junto con la idea, salían de su mente ya claras, eufónicas, la rotundas como la idea misma. Según Spencer, la armonía del estilo literario se relaciona directamente con la finura del oído musical del escritor. Nada extraño entonces, si este cerebro de músico conexionaba la prosa con la melodía, procurando instintivamente dar a la fonética de la primera el ritmo y la suavidad de la segunda. No pretendo, por cierto, que una cláusula suya valiera lo que un período de France. Afirmino que su estilo era neto, rico, fluído y elegante a su manera. Juzgo a un periodista, y es regla de buena crítica, considerar



Enrique Frexas.

Se han cumplido recientemente diez años que desapareció el crítico teatral don Enrique Frexas, que tanta influencia tuvo en la formación y el desarrollo del gusto estético argentino. Nos ha parecido oportuno asociarnos al homenaje con que se ha honrado su memoria, al trasladar sus restos al panteón del Círculo de la Prensa, y hemos pedido al actual sucesor de Frexas en la crítica de «La Nación», a don Juan Pablo Echagüe, que les hablara a los lectores de PLUS ULTRA, de su ya ilustre antecesor.

la obra relativamente al medio y las circunstancias en que se produjo.

Sábese que en nuestro país no existe aún el folletín de teatros semanal, implantado en Francia por Jules Janin y adoptado después por otros pueblos. Predomina aquí el criterio informativo. Quieren los diarios dar al día siguiente de la representación, una crónica completa de la misma. El público la reclama. Y el redactor encargado de la sección debe someterse a esta exigencia, no pocas veces angustiosa. La función ha terminado a las doce de la noche y el crítico se sienta a la mesa de trabajo a las doce y media. Tiene una hora, a lo sumo hora y media, para entregar su artículo. En la sala de redacción hay veinte personas que hablan en voz alta, curiosos que inquieten informes de la velada, importunos que interrumpen la labor a cada instante... Y en condiciones tales es preciso, ¡absolutamente preciso!, concentrar la mente, ordenar las ideas y juzgar, cuidando la corrección del lenguaje, la lógica de la exposición, el vigor de los argumentos. Así trabajó Frexas; hizo estilo así. Así le resultaron

aquellos artículos sobrios y substanciosos, modelados en una lengua flexible, de giros algo arcaicos, pero suelta, pero cristalina, pero sintética, y condimentada tal cual vez con su no muy picante granito de ironía...

Jamás abjuró Frexas ciertos principios que llamaré su estética, y con arreglo a los cuales dictaminaba. Jamás se apartó un paso de su punto de vista. Dicen que su dogmatismo fué su falla... Es posible, pero fué también su fuerza. Fué su fuerza porque tuvo con él la unidad de doctrina, la fe inquebrantable en sus ideas, la disciplina mental, que le permitía someter las manifestaciones artísticas a una piedra de toque para él infalible: su fórmula.

Su fórmula era: en lo dramático, su concepto propio de la moral en el arte; en lo lírico, sus preferencias personales. Y después de todo, tal vez tuvo razón. ¿Qué es la crítica en último análisis, sino la expresión de las preferencias personales de un individuo que juzga según sus sentimientos? ¿Existen por ventura reglas absolutas para clasificar lo bello subjetivo en determinadas escalas, cual si se intentase regimentar los diversos modos de sentir? ¿Acaso el crítico es un juez encargado de aplicar a la belleza los artículos de no sé qué absurdo código del gusto? No; el crítico no es un dómine; no es tampoco un supremo distribuidor de recompensas y castigos; no posee más medida que su reacción individual para mensurar las obras del espíritu. Frente a una de éstas, es sólo el intérprete de sus propias impresiones. Ya lo dijo Anatole France: «Le bon critique est celui qui raconte les aventures de son âme au milieu des chefs d'oeuvre». Frexas fué dogmático, está bien. Pero quien disintió con él más de una vez, quiere aquí reconocer como homenaje póstumo a un maestro, que su «fórmula» era en el fondo, su sentimiento, y su dogmatismo, puede, en conciencia, traducirse por «sinceridad». ¡Sinceridad! ¿Tuvimos derecho para exigirle otra cosa al crítico que nos «contaba las aventuras de su alma» a través del arte?...

«El espíritu crítico — afirmó Sainte-Beuve — es por naturaleza insinuante, móvil y comprensivo. Es un arroyo grande y límpido que serpentea y se desenvuelve en torno de las obras y monumentos de la poesía, como en torno de las rocas, de las fortalezas, de las colinas tapizadas de viñedos y de los valles que bordean sus riberas. Mientras cada uno de los objetos del paisaje queda fijo en su lugar y se inquieta poco por los otros, mientras que la torre feudal desdeña al valle y el valle ignora la colina, el arroyo va del uno al otro, los baña sin dañarlos, los envuelve con su agua viva, «los comprende», los refleja, y cuando el viajero tiene curiosidad por conocer y visitar esos variados sitios, él lo toma en una barca, lo lleva suavemente y le desenvuelve poco a poco el espectáculo cambiante de su curso.»

A la manera del arroyo evocado por el gran escritor francés, el espíritu de Enrique Frexas ha venido en su carrera de quince años reflejando el paisaje de nuestro arte. Si su linfa no retrató en el trayecto fortalezas, torres ni castillos seculares, la culpa no fué suya. Cruzaba regiones casi agrestes y el cristal de sus ondas sólo pudo reproducir lo que encontraba al paso: planteles de ciudades, construcciones dispersas, bloques de entremezclada y flamante arquitectura: la obra rudimentaria de un pueblo nuevo que improvisaba a toda prisa sus viviendas en la planicie virgen. También a la manera del arroyo, su curso fué claro y manso. Copió fiel en su espejo el panorama de las márgenes, envolvió la loma, bañó el valle, «comprendió» las cosas circundantes, y cuando el viajero de mañana quiera explorar las zonas por donde él pasara, con remontar la corriente en su serena barca, encontrará todas las perspectivas luminosas y todos los horizontes apacibles...

JUAN PABLO ECHAGÜE.



ROMANTICISMO.



SIÉNTATE a mi lado, Linda; más cerca. Así. ¡Que te explique lo que he querido decir en el dibujo! Si siempre que se quiere expresar algo vago se supiera lo que se dice. Del Romanticismo podré decirte lo que le quiero, que es mucho; mas no lo que sé, que es bien poco. ¿Cómo te voy a explicar a ti, Linda, en esta ciudad risueña, bajo este cielo tan azul y tan argentino, las cosas que yo he querido allá, en mi niñez hosca, allá en mi ciudad cantábrica, cuatro mil leguas al otro lado del mar, bajo un cielo gris? ¡Cómo te hubiera gustado a ti, tan argentina, tan romántica y tan triste, mi vieja y visigótica ciudad natal! ¡Si te hubiera conocido de niño! Los días de lluvia subiríamos al desván a revolver los libros de la abuelita y a quedarnos absortos hojeándolos y mirando las estampas de aquellas ingenuas revistas románticas: ...*El Semanario Pintoresco Universal*, *El Museo de las Familias*... ¿Quieres

que veamos las estampas como entonces? Sube conmigo, ven; dame la mano. Vamos al desván, donde viven las cosas de la abuelita. ¿Ves? En esta consola ventruda. ¡No abras! Nos reñirían. Yo te diré lo que hay dentro. En este cajón de arriba hay una miniatura de la abuelita cuando joven. ¡Era tan linda como tú! Tiene un peinado de cocas, una rosa en la mano derecha, y con la izquierda apenas sostiene un pañuelo de encaje que parece otra flor. Hay, además, unos encajes de Almagro, Granátula o Novelda, un peinetón de Carey como el que usaba tu compatriota la Amalia de Mármol. Vamos a ver las revistas... ¡*Semanario Pintoresco Universal*! ¡*Museo de las familias*!... Mira esta *Criolla de San Salvador* y estos *Plantadores de café*, o aquellos *Tramperos del Arkansas*. Una América de fantasía, con puentes de lianas, y serpientes de cascabel. Y estos retratos tan clásicos de Rossini, Mozart o Weber; y este Byron en el Posilippo, Byron a caballo, Byron en el cementerio, Byron a la luz de la luna. Y esta Venecia tan irreal para Chopin, y estos lagos tan tristes para Lamartine, y estos cipreses tan altos

para Musset. Y este retrato de Lola Montes, amiga del único rey romántico, y este *Asalto de una diligencia en Sierra Morena*. ¡Qué capitán de bandidos con más distinción! Y estas mujeres que pasan entre las hojas de la revista... Y Ellos, encorbatados y pálidos, tienen en la mano la copa de champán, la copa romántica de nuestros abuelos, aquella larga y esbelta como una pistola de duelos o de suicidios románticos.

Hemos acabado las estampas y, con la torpeza de un oso que ofrece una flor, no he podido explicarte aun el dibujo...

TEXTO Y DIBUJOS DE ALEJANDRO SIRIO.



La Cubana

CIGARRILLOS DE 40 cTs



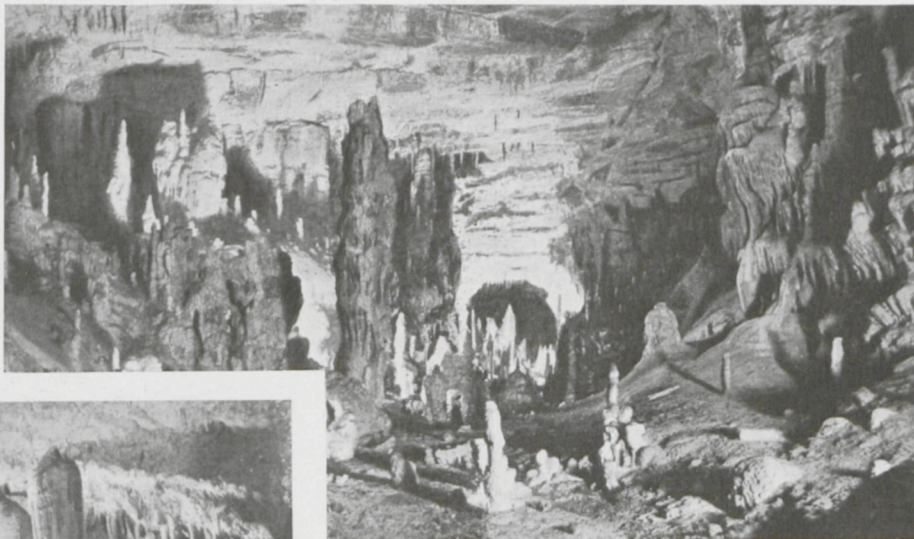
LA VIDA SUBTERRÁNEA

El turismo subterráneo, es decir, la visita a las cavernas, tiene sus inconvenientes. Una gruta, en efecto, por sólida que sea, viene a constituir un peligro constante, una especie de trampa de Damocles suspendida sobre las cabezas de los curiosos.

El municipio de Poestlinberg, villa situada cerca de Linz (Austria), ha resuelto la cuestión, logrando que la gruta de Adelsberg, como la montaña de Mahoma, vaya a los turistas.

Con dicho fin, se ha construido el museo más raro del mundo. En él se reproduce fielmente dicha caverna.

Una estructura de vigas de acero, cuya resistencia ha sido calculada admirablemente, y un revestimiento exterior de cemento armado, guardan la notable reproduc-



LA SALA DE LAS MIL Y UNA NOCHES.



LA SALA MORTUORIA DE LA GRUTA DE ADELSBERG.

ción de la maravillosa gruta, sin que los viajeros puedan temer ni remotamente la menor catástrofe.

A esa gruta se desciende por dos cómodas escaleras de hierro, de unos veinticinco metros de alto. Una verja del mismo metal protege las maravillas de la gruta, pues el previsor municipio ha creído, y con razón, que no faltarían turistas capaces de arrancar piedras.

La gruta satisface los ensueños de la más exaltada fantasía. Tiene 1.490 pies de largo y ostenta en el centro espléndidas formaciones calcáreas. Todo ha sido imitado con arte exquisito; la falsificación no puede ser más completa: estalactitas y estalagmitas que parecen formadas por la caprichosa y paciente naturaleza, corrientes de agua, filtraciones, etc.

Al admirado visitante que la recorre a la luz de una lamparilla de minero, en medio de un silencio sólo interrumpido por la caída de las gotas que las estalactitas filtran lentamente, le invade un temor subterráneo comparable al miedo que nos inspira el fragor del combate en un panorama de cualquier batalla espantosa.

PECTORAL LEGRAIN

**Tos, Bronquitis,
Catarros crónicos.**

El gusto agradable y la acción INMEDIATA e infalible de esta preparación, son las causas que justifican su renombre y fama mundial; si lo duda consulte a su médico.

He aquí la fórmula analizada y aprobada del

Pectoral "LEGRAIN"



Elixir de Garus 800 c. c.
Benzoato de Soda 10 c. c.
Terpina..... 5 c. c.
Clorhidrato Codeína 1 c. c.
Jarabe de Goma 300 c. c.
Glicerina... 600 c. c.
Thiocol..... 30 c. c.

PÍDASE

en todas las buenas
Farmacias y Droguerías.

Unico representante:
CAMPONOVO y Cia., Lavalle, 477 - Bs. As.

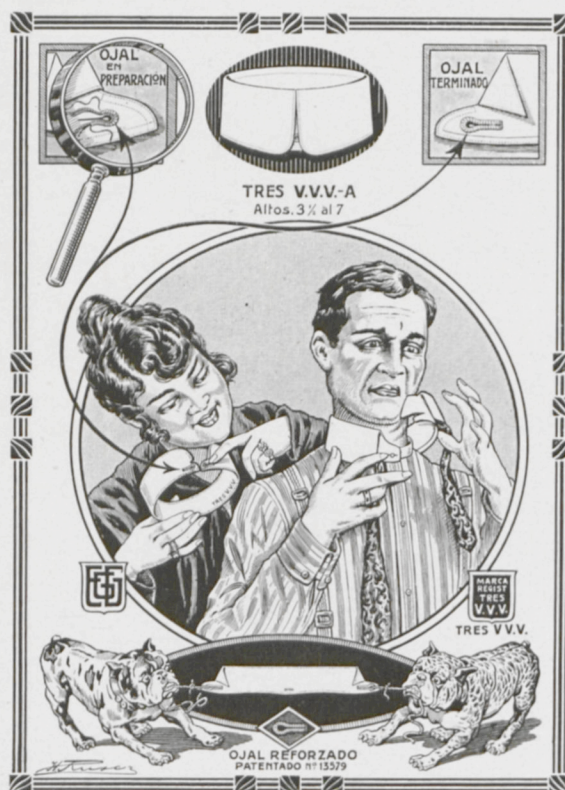


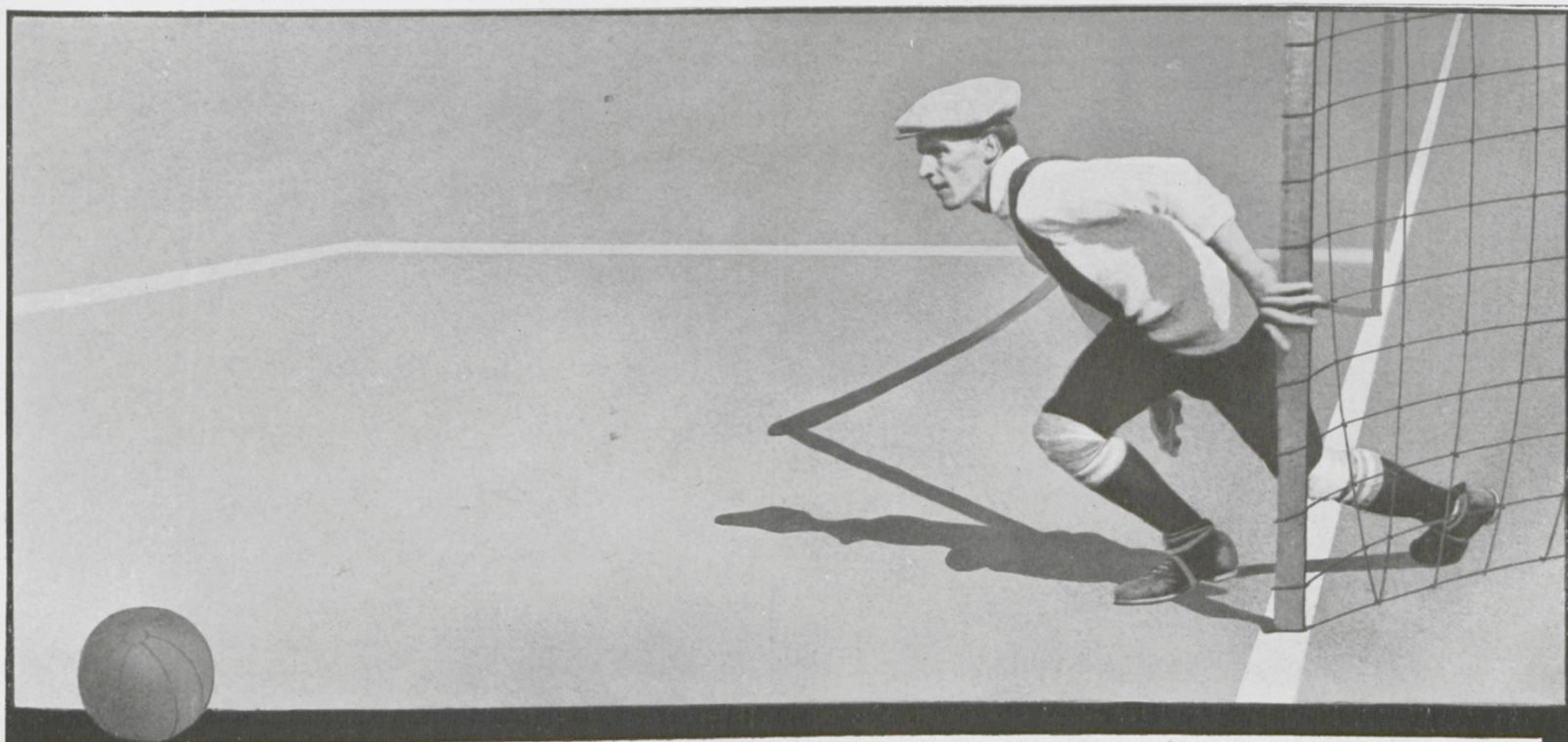
El mundo elegante ha adoptado los cuellos de hilo marca **TRES V. V. V.**, *en virtud de la calidad, comodidad e irreprochable "chic" de sus modelos.*

Unicos cuellos con OJAL REFORZADO

Patente N.º 13.579

Exíjanse en toda camisería





Para salvar las situaciones difíciles,

se necesitan decisión y energía; se necesita salir al encuentro del peligro que nos amenaza, contrarrestándolo antes de que sea demasiado tarde.

Si sus fuerzas físicas empiezan a decaer, si el cuerpo adelgaza en forma visible y alarmante, salga al encuentro del mal atacándolo, antes de que sea demasiado tarde, con ese admirable y poderoso reconstituyente que se llama

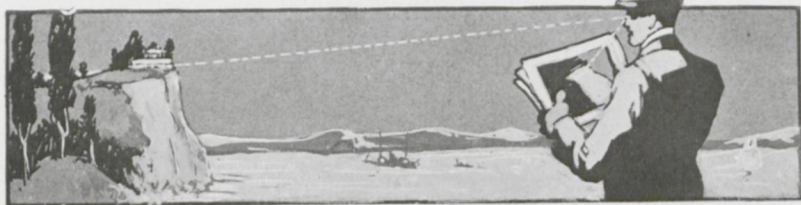
IPIERBIOTINA MALESCI

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

VENTA EN LAS DROGUERÍAS Y FARMACIAS

M. C. de MONACO Unico Concesionario - Importador en la
República Argentina

VIAMONTE, 871. — Buenos Aires.



Si Vd. necesita lentes para leer y para ver lejos, debe ensayar los

CRISTALES KRYPTOK

bifocales, de una sola pieza. Con ellos evitará la molestia de estar cambiando de anteojos constantemente.

La preparación eficaz de estos cristales, sólo pueden hacerla los técnicos competentes que encontrará usted en nuestra casa.

LUTZ, FERRANDO Y CIA.

PRIMER INSTITUTO OPTICO-OCULISTICO "LUTZ Y SCHULZ"

FLORIDA, 240

BUENOS AIRES



Muebles norteamericanos para escritorios

Gran surtido en:

ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestíbulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)



EXPOSICION DE AVICULTURA "EXCELSIOR"

Calle BOLIVAR esq. BELGRANO

100 RAZAS DIFERENTES DE AVES. INCUBADORAS MODERNAS. IMPLEMENTOS DE AVICULTURA.

PIDAN LISTA DE PRECIOS.

EL CRIADERO MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA



La alabanza de tu novio a tu hermosura,
Fácilmente me la explico ¡amiga mía!
Pues, más bella te encuentras desde el día
En que «Eclatine» a tu rostro da frescura.

Desde el día en que escuchando mi consejo
Hiciste de «Eclatine» tu mejor aliada,
Tu semblante, como flor pura y rosada,
Más radiante se refleja en el espejo!

Es que «Eclatine» para el rostro es
Un tesoro de valor inestimable,
Algo que a la mujer hace adorable
Por el encanto que le da a la tez.

Es que «Eclatine» al rostro lo hermosea
Como ningún compuesto podría embellecerlo,
Por eso mi consejo debes atenderlo
Haciendo que «Eclatine» tu compañero sea.

CUPIDO.

La notable preparación «ECLATINE» para el embellecimiento del cutis, se vende en todas las Farmacias y Perfumerías de la República y en la CASA ARGENTINA SCHERRER. — 161, SUIPACHA, 185.

CONSTRUCCIONES ESPECIALES PARA LA CAMPAÑA

MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"



La SOLIDEZ de nuestras construcciones, su poco costo y buena estética, confort e higiene y el poco flete y rapidez que se emplea para construirse, hacen a nuestro SISTEMA «CHACON» (Patente 11890) merecedor de ser el más usado en toda la República y es recomendado por nuestra clientela como el más conveniente para la campaña.

Para informes, presupuestos, planos y catálogos, GRATIS, dirijan su correspondencia a

R. CHACON Hnos.

ALSINA, 1537 - Bs. As.

Unión Telef., 5448, Libertad.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires.

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA

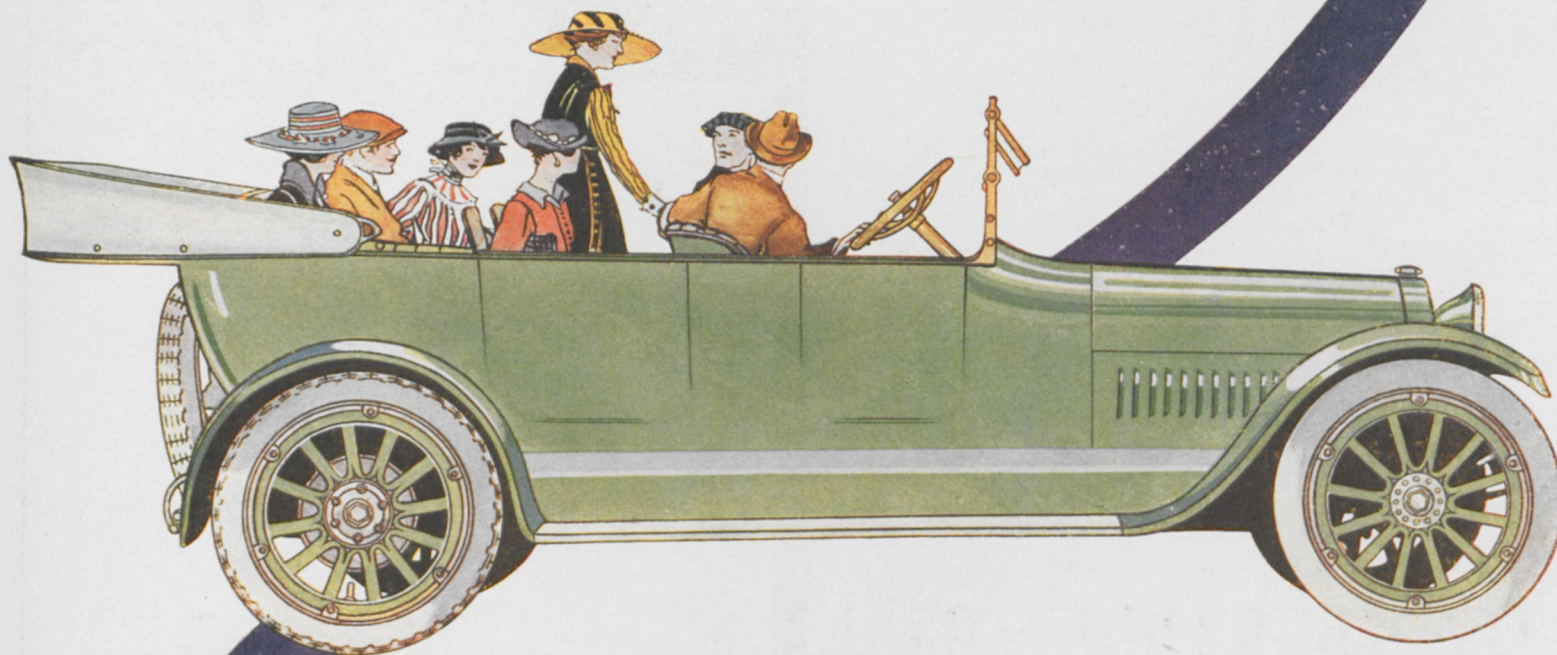
Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6 ").....	6.— " "
Año (12 ").....	11.— " "
Número suelto.....	1.— " "

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	" 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.

El auto que se individualiza
y distingue entre todos



Acabamos de recibir una gran remesa de coches
Studebaker del último modelo, que por su origina-
lidad y belleza han de llamar con justicia la atención.
Se halla compuesto este notable stock por un surtido va-
riadísimo de autos pintados en fábrica

en cinco colores diversos

a saber: gris, marrón, verde, acero y crema, en sus tonos más
hermosos y elegantes.

Antes de comprar, tenga presente esta nueva característica de los Studebaker
para que elija un coche que, además de reunir todas las más altas condicio-
nes, se aparte visiblemente de la vulgaridad, por su presentación hermosa.

PIDA CATALOGO

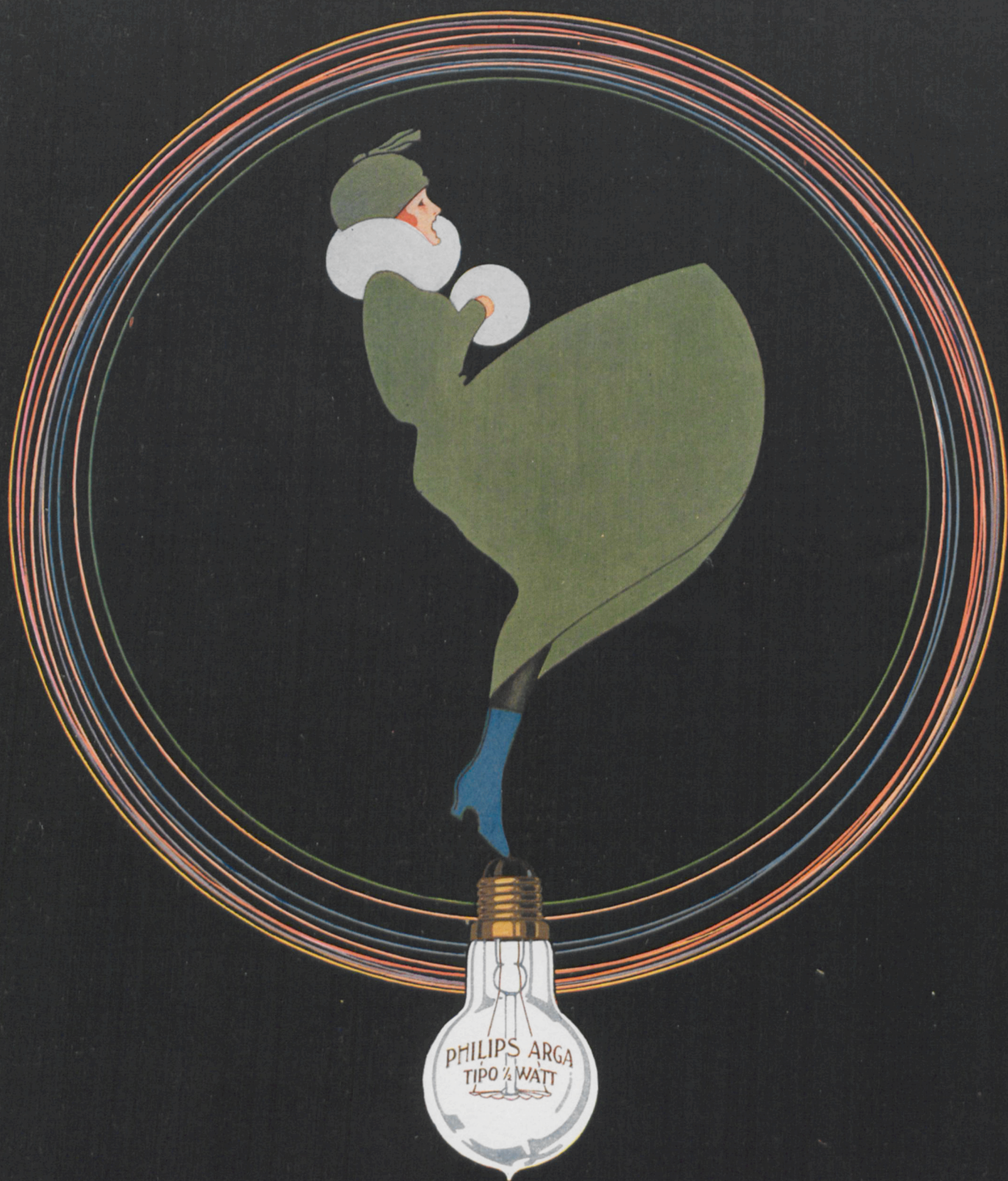
D. B. RICHARDSON, REPRESENTANTE

Avenida de Mayo, 1235 — Buenos Aires

THE STUDEBAKER CORPO-
RATION OF AMERICA

Concesionarios en el Uruguay: COATES Hnos.
Sarandí, 452 - Montevideo





PHILIPS ARGA

Son las nuevas lamparitas de consumo reducido que despiden una luz blanquísima, superior a la de sus similares. —Se venden en todas partes.

FABRICANTES: PHILIPS Ltd., EINDHOVEN (HOLANDA).
UNICOS AGENTES: BOSCO, VILA Y MARZONI, BUENOS AIRES.



PLUS ULTRA